



SEMANARIO ILUSTRADO UNIVERSAL

AÑO III. TOMO V

MADRID 28 DE FEBRERO DE 1879

NÚMERO 8

SUMARIO

BELLAS ARTES

TEXTO

Semana histórica.—La visita de la Virgen á Santa Isabel. Pintura en tabla en la galería del Excmo. Sr. Conde de Fernandina. Por *Francisco María Tubino*.—Góngora. Bosquejo literario. Por *Enrique de Sierra Valenzuela*.—La Quincena parisiense, por *A. B.*—¡Un imposible! (Conclusion.) Novela original, por *D. Salomé Núñez Topete*.—Cárlos V en Argel. Poesía. (Conclusion.) Por *Fernando Martínez Pedrosa*.—El recaudador de contribuciones en Marruécós.—El Café de Moratin.—Carrera de carros en el Circo romano. Cuadro de *A. Wagner*.—La Almea.—Emilio de Girardin.—Vista general de Móstoles.

GRABADOS

Bellas Artes. La Visita de la Virgen á Santa Isabel. Tabla antigua en la galería del Excelentísimo Sr. Conde de Fernandina.—Tipos literarios. El Café de Moratin. Dibujo de *G. Meléndez*. Grabado de *E. Vela*.—Marruécós. El recaudador de contribuciones. Composición del *Sr. Balaca*. Grabado de *Celestino Sadurni*.—Bellas Artes. Carrera de carros en el Circo romano. Cuadro del profesor húngaro *Alejandro Wagner*.—Costumbres orientales. La Almea. Cuadro del pintor *L. Müller*.—Emilio de Girardin.—España pintoresca. Vista general de Móstoles.—Industria nacional. Instalacion de tabacos habanos de la casa Cabañas y Parlagas en la Exposicion de Paris de 1878.



LA VISITA DE LA VÍRGEN Á SANTA ISABEL

TABLA ANTIGUA EN LA GALERÍA DEL EXCMO. SR. CONDE DE FERNANDINA

## SEMANA HISTÓRICA

Pasó el Carnaval, como pasa todo en este mundo, y nos encontramos en la Cuaresma con su cara lúgubre, su abstinencia de carnes y sus horribles meditaciones. El pueblo ha dado el adiós al mundo corriendo desenfrenado por las calles entre músicas y comparsas; y la aristocracia deslumbrando con sus bailes en casa de Manzanedo y de Toreno, rindiendo el mismo culto á la nobleza moderna adquirida por el dinero y á la nobleza solariega.

Sin embargo, convengamos en que este adiós al mundo es una pura fórmula. El teatro es el mismo, idénticos los actores, pero con nueva decoración. Marchitas las flores del Carnaval, arrinconado el brillante traje de máscara, la mujer, sin tiempo de reposo, empieza á pensar ya en el vestido de Semana Santa. Se cambian los colores; la elegancia sustituye al capricho, la riqueza al brillo, el rosario á la careta. La hermosura, la seducción, la coquetería, toman nuevos disfraces y eligen nuevas armas; saben ser locas y ser santas; deslumbrar en un baile, como una bacante, y arrebatarse en una iglesia, arrodilladas devotamente, ó pidiendo, cubiertas de alhajas, por los pobres de la Inclusa; dar la misma vida al esplendente salón y al severo templo; acompañar con igual encanto las rápidas notas del vals y las penetrantes y sublimes armonías del *Stabat Mater*.

El mundo ha sido y es así, sin que nadie pueda remediarlo: el arte, adorando la belleza, cubre con sus formas el fondo de las cosas, y aunque parece amoldarse y sucumbir á ellas, triunfa siempre, imponiéndose de un modo absoluto, y convirtiéndose en fuente de iguales sentimientos la muerte y la vida, el dolor y el placer; y la mujer, que es el arte y la poesía de la sociedad, tiene y tendrá la misma misión mientras el mundo exista.

El Carnaval asusta á los timoratos, y ciertamente no sabemos por qué. Mientras dura, hay en todas las parroquias una constante rogativa de desagravios; y nosotros no vemos más razón para que la haya en estos que en otros días del año. Al contrario tal vez en esas fiestas, en que se suspenden los tratos formales y la vida ordinaria del mundo, haya una cantidad infinitamente menor de agravios y de ofensas á la moral y á la religión; tal vez las bromas, las risas, las locuras encierran mayor pureza en la intención que la gravedad de que el mundo se reviste para realizar sus engaños y maldades.

Sería preciso penetrar en el fondo de las conciencias con una mirada que no pertenece al hombre, y que le haría seguramente muy desgraciado, para aquilatar lo que se encubre bajo el ayuno y la vigilia, bajo esos tristes viernes en que las casas cierran sus puertas y los teatros no celebran funciones; en que los semblantes toman una nueva careta de dolor y murmuran un rosario, y en que se pide al arte extranjero el medio de olvidar con excitantes aderezos que no se puede comer carne.

\*

La naturaleza parece que también ha querido tener sus bromas un poco pesadas y romper el freno de su normalidad. A un invierno prematuro, en que los fríos comenzaron, como ningún año, en Octubre, resintiéndose la salud y la agricultura, han sucedido unos meses de extraordinaria desigualdad, y por último unas tempestades y unos desbordamientos en los ríos que han causado muchas desgracias.

Dice un refrán que nada hay más temible que un humilde ensoberbecido; y esto que en

materia de ríos lo sabemos prácticamente en Madrid por el pobre Manzanáres, se ha comprobado en toda España, durante los últimos días. El Tuezó, el Salazar, el Irati y otros hermanos, apenas citados en la geografía, han inundado pueblos, arruinado casas y arrastrado puentes, dejando detrás de sí la desolación y la pobreza. Madrid se ha visto algunas horas sin comunicación eléctrica con las provincias; porque el viento y el agua se llevaron esos groseros postes telegráficos, que ya no tiene ninguna nación culta, y cuyas recomposiciones costarán mucho más que un nuevo sistema de sustentadores. Los trenes han estado detenidos, y las vías inutilizadas por el agua, los hundimientos ó los desprendimientos de tierra. La temperatura ha descendido desde la primavera al rigor del invierno, y el barómetro ha pasado por violentísimas variaciones.

Cuando los periódicos ocupaban la mitad de sus columnas en describir este cuadro desolador, uno de ellos que pasa por competente en las cosas de la tierra, y que sin duda quiere serlo también en las del cielo, anunció pavorosamente que *según las observaciones astronómicas* este tiempo duraría hasta mediados de Marzo. El periódico en cuestión hubiese prestado un inmenso servicio á la ciencia demostrando las relaciones de la astronomía con los desbordamientos de los ríos; dando á conocer esas observaciones á que se refiere, y sobre todo publicando el nombre de su autor, que se cubriría de gloria y merecería le levantaran estatuas. ¿Quién sabe si será el que hace algunos años en el mismo periódico nos dijo que en la Iglesia de San Cayetano no había caído un rayo, sino una centella?

El temporal, si es permitida esta palabra en la significación que hoy se usa, proviene simplemente de un gran movimiento barométrico, que ha recorrido toda Europa, viniendo al través de los mares, y que ha sido anunciado oportunamente, como lo son ya casi todos los fenómenos meteorológicos, que nada tienen que ver con ese cielo á que la preocupación refiere las variaciones atmosféricas.

Se ha dicho que el orgullo del hombre creó el sistema de Ptolomeo, dando á la tierra el lugar principal en el universo; y hoy podría decirse que el mismo orgullo le hace creer que la menor perturbación en este pequeñísimo átomo del mundo que habitamos, perturba, altera y desordena también el inmensurable cielo, que no es más que el espacio infinito en que se mueven los astros.

De ese ciego orgullo provienen tales absurdos; siendo lo extraño que no se busque el fundamento de la presunción donde pudiera haberle. Porque le hay, y nosotros tal vez le sentimos, en haber dominado por medio de la ciencia las fuerzas de la materia y en luchar valerosamente con ellas. El gobernador de Soría anunció telegráficamente al de Zamora la crecida é inundación del Duero; y como el fluido eléctrico, esclavo nuestro, corre más que las aguas, pudo evitar muchas desgracias. Hé aquí un justo motivo de orgullo, si alguna vez puede tenerle el hombre, como parte de la creación. Sería insensato querer luchar con las fuerzas naturales, como no puede lucharse oponiendo las manos desnudas á las garras de una fiera; pero con la inteligencia dominamos los elementos, como dominamos á las bestias, corremos más que ellos, evitamos sus furóres y alguna vez los hacemos servir á nuestros propósitos.

\*

La justicia humana ha ejecutado su más terrible sentencia en los desgraciados reos de Pi-

nos Puente. El crimen cometido en el cerro de los Infantes, en Setiembre último, es tan notable que bien merece digamos sobre él algunas palabras. Un aventurero portugués, conociendo demasiado por desgracia la poca instrucción y el fanatismo de los habitantes de Pinos Puente, se propuso explotar su credulidad asegurándoles la existencia de tesoros en una cueva llamada de la Duquesa. Supuso con este objeto que tenía revelaciones; y eligió una pobre niña á quien hacía desempeñar el papel de sibila, y doce fanáticos á quienes llamaba sus apóstoles. La mayoría de la población, no sólo creyó estas supercherías, sino que, entusiasmada y llena de fe, tomaba parte en ridículas y semireligiosas ceremonias, que unía á las rogativas, novenas y procesiones en demanda del pronto hallazgo del tesoro.

Alarmada la autoridad con aquella creciente propaganda, y dispuesto el gobernador de Granada á no consentir tal aglomeración de gentes, que iba siempre en aumento, determinó que la guardia civil les comunicase la orden de dispersión. Noticioso el caudillo de esta orden mandó reunir el día 27 de Setiembre á sus apóstoles y creyentes, disponiendo que fuesen bien armados; mandato que los fanáticos cumplieron religiosamente, porque no sabemos qué unión misteriosa existe siempre entre la superstición y la violencia. Apenas el cabo de la guardia civil D. Andrés López Martínez intentó dar lectura á la orden del gobernador, el caudillo le disparó un pistoletazo, y sus sectarios se arrojaron sobre él, y no sólo le quitaron la vida inhumanamente, sino que le maltrataron y se ensañaron en su cadáver, aplastándole la cabeza con una piedra y persiguiendo hasta dejar mal herido á otro guardia civil.

La sumaria instruida en el acto ha descubierto tal número de ridículas ceremonias, de preocupaciones y de actos de fanatismo, que parece se trataba de uno de aquellos crímenes tan frecuentes en la credulidad del siglo XVI, y que nos darían mucho que escribir, si hubiéramos de entrar en su referencia. Baste decir que cuando ya los reos tenían sobre sí la sentencia de muerte del inferior, una joven de diez y siete años, que representaba el papel de una de las tres Marías, estaba dispuesta á despeñarse con tal de salvar la vida al farsante portugués. Esta joven, llamada María Josefa Quesada, era la que conservaba la bandera ó estandarte sagrado que se empleaba en las ceremonias.

Los tribunales han condenado á muerte á cinco reos, y á cadena perpetua á tres, habiendo sido indultados dos de ellos y pasados por las armas los restantes.

Bueno es el castigo como cumplimiento de las leyes; pero no es suficiente si se ha de conseguir desterrar de una sociedad culta esos crímenes propios sólo de los tiempos pasados en que dominaba el fanatismo. Sólo la ilustración puede borrar la causa de esos horrores; sólo las ideas modernas pueden reemplazar esos absurdos, que provienen de la tendencia natural del hombre á creer en lo maravilloso, y á buscar en ello la explicación de sus males y el secreto de su riqueza y de su felicidad. El fanatismo es un enemigo siempre en acecho: arma á los ignorantes y á los crédulos, hoy en nombre del derecho divino, mañana en nombre de la religión, y otro día en nombre de soñadas riquezas.

No hay nada en el mundo que tenga sobre sí tantos crímenes, tantas maldades, tantos horrores como el fanatismo: las víctimas de la tiranía y de las pasiones individuales serían en menor número y de género menos terrible, si pudieran reducirse á cifras.

Quando la prensa europea se ocupa de la influencia que el saber leer y escribir ejerce en la moral del soldado; y cuando una estadística curiosísima ha puesto fuera de duda que las cartas de familia ahuyentan á los quintos de los vicios á que suelen entregarse en los primeros tiempos de la vida militar, ya deslumbrados ante un mundo que no conocían, ó ya queriendo rivalizar en picardías con los veteranos; cuando los hechos han demostrado que la instrucción hace al soldado más digno y más pundonoroso, sin quitarle, como algunos temían, su fuerza; es conveniente que digamos algunas palabras sobre los resultados verdaderamente asombrosos que ha conseguido en breve tiempo el general en jefe del ejército del Norte.

Es un axioma de la vida militar que las guarniciones y la ocupación de territorio desmoralizaban los ejércitos, acostumbándolos á la holganza, afeminándolos y favoreciendo la propagación de los vicios. Pero el general Quesada ha querido evitar estos males, y se ha dedicado con verdadero tesón á fomentar la primera enseñanza en las tropas que están á sus órdenes, llegando á conseguirlo del modo brillante que demuestran las siguientes cifras: De 17,756 soldados, correspondientes á los reemplazos de 1877 y 1878, han aprendido á leer correctamente 4,231; á escribir 2,257, que sabían ya leer al ingresar en aquel ejército, y á leer y escribir 3,557. Es decir, que 10,045 soldados han recibido una instrucción que seguramente estaba ya muy lejos de su propósito; habiéndose conseguido que casi todos los individuos que forman el ejército de ocupación conozcan los rudimentos de la primera enseñanza.

El general Quesada ha realizado, pues, su pensamiento; mas, para completarle, y para imitar del todo en lo bueno las costumbres extranjeras en este punto, sería conveniente que se hiciesen los estudios comparativos y estadísticos, de que tenemos tan curiosos y útiles ejemplos en Francia y en Alemania. El número de cartas que el ejército recibía y escribía antes y después de saber leer y escribir; la estadística de las faltas, en relación con la instrucción del soldado; las enfermedades y las notas de concepto contribuirían á conocer más perfectamente la influencia de la enseñanza en la moral militar. Antes se tenía como infalible el célebre dicho: «el ejército se acaba el día que el soldado se limpie los dientes.»

La experiencia ha demostrado lo contrario. Hoy se sabe que la educación del soldado le hace más respetuoso, dándole á conocer la necesidad de la jerarquía militar; más valiente inspirándole ideas delicadas acerca del deber y de la dignidad; le hace culto, limpio y aseado, evitándole enfermedades contagiosas y repugnantes, que parecía imposible desterrar de los cuarteles y de los campamentos; le hace cultivar las relaciones de familia y de amistad, fuera de las filas, ocupando su imaginación y dulcificando sus sentimientos.

La necesidad de los ejércitos permanentes, por más que sea en absoluto un grave mal de la organización moderna, puede producir algunas ventajas, convirtiéndose en un elemento de cultura y de civilización. Por otra parte en esta paz armada, que constituye ya el estado social constante, el ejército tiene una gran misión, una gran influencia en los destinos públicos, y nosotros no comprendemos cómo hay todavía quien aspira á mantener esa influencia y á quitar al ejército los elementos de cultura, convirtiéndole sólo en una masa inconsciente que funde su poder en la fuerza bruta.

## LA VISITA DE LA VÍRGEN

Á SANTA ISABEL

PINTURA EN TABLA EN LA GALERÍA DEL EXCMO. SEÑOR CONDE DE FERNANDINA

Nada tan digno de puntual estudio—en la esfera del pensamiento nacional—como el cambio que de algunos años á esta fecha han experimentado las opiniones. Lo mismo en el orden político, que en el social, económico ó artístico; nuestro modo de pensar actualmente, dista mucho de la manera como discurríamos hace algunos años, si ya no es que ahora nuestros juicios son la antítesis más absoluta de los que ántes sustentáramos. Á pesar de los recios obstáculos con que entre nosotros lucha el pensamiento, cohibido unas veces por actuales disposiciones legales, ó prejuicios que se conservan en la atmósfera moral, con el carácter de conveniencias de que no es á todos fácil prescindir; otras, amarrado aún al carro de tradiciones que contrarían los modos presentes de la vida; es lo cierto que España, si no ha logrado todavía obtener la emancipación intelectual de que gozan otros pueblos, siente en lo más íntimo de su organismo la crisis profunda que muy luego ha de disponerla para entrar por completo en las corrientes de la vida contemporánea.

Limitándonos á la esfera artística, por exigirlo así el tema que pone la pluma en nuestras manos ¡cuán profunda y radical será la mudanza! No hace mucho tiempo, durante el primer tercio del siglo, el atraso de la crítica, ó la falta de ella era tal, que continuábamos viendo con los ojos del neoclasicismo exótico todo lo que con el arte pictórico español se relacionaba. Para nuestros primeros escritores no había otra pintura que no fuera la del Renacimiento, y, como en tiempos de Pacheco, se hablaba de aquella manera bárbara, engendrada por las nieblas de la Edad Media, producto de la decadencia más deplorable; manera, de que tantos testimonios habían quedado por desdicha en la multitud de tablas conservadas en iglesias y conventos. La pintura romántica, esto es, engendrada por la compenetración del cristianismo y de la manera de ser propia á los pueblos occidentales, ponía en los labios de los cultos las palabras más desdenosas. El arte verdadero, legítimo y digno de respeto, era, nótese bien, el que, restaurando el ideal estético politeísta, había logrado elevarse á la mayor altura con los Rafaeles, Buonarrotas, Rubens y Murillos. Fuera de este círculo, la pintura podía ser tolerada, si pertenecía al género litúrgico; fuera de este orden, sólo á título de curiosa antigüalla debían aceptarse las muestras de una depravación en el gusto que tan radicalmente había combatido la reforma de los novadores greco-romanos. Así discurrían nuestros escritores, bien entrado el siglo XIX, y así se juzgaba en bellas artes. Lo mismo Cean Bermúdez que Antonio Pons, influídos por las opiniones que en Francia é Italia dominaban, miraron con desden la pintura cristiano-occidental, para entusiasmarse, á veces sin motivo bastante, ante los productos del neoclasicismo, ora encajaban en el cuadro de la liturgia, ya hubieran de contradecir los sentimientos de la grey cristiana, pintando, con excesiva libertad y frecuencia, los temas del paganismo. Error tan deplorable en el criterio provenía, en mucho, de otro no ménos grave en la doctrina: para los críticos á que aludimos no había más que el arte por el arte. Sin darse siempre cuenta de ello, lo que veían y sobre todo aplaudían, era la forma, pero la forma en las condiciones y circunstancias establecidas por la reacción pagánica de los siglos XV, XVI y XVII. Y cuando se creían defensores entusiastas

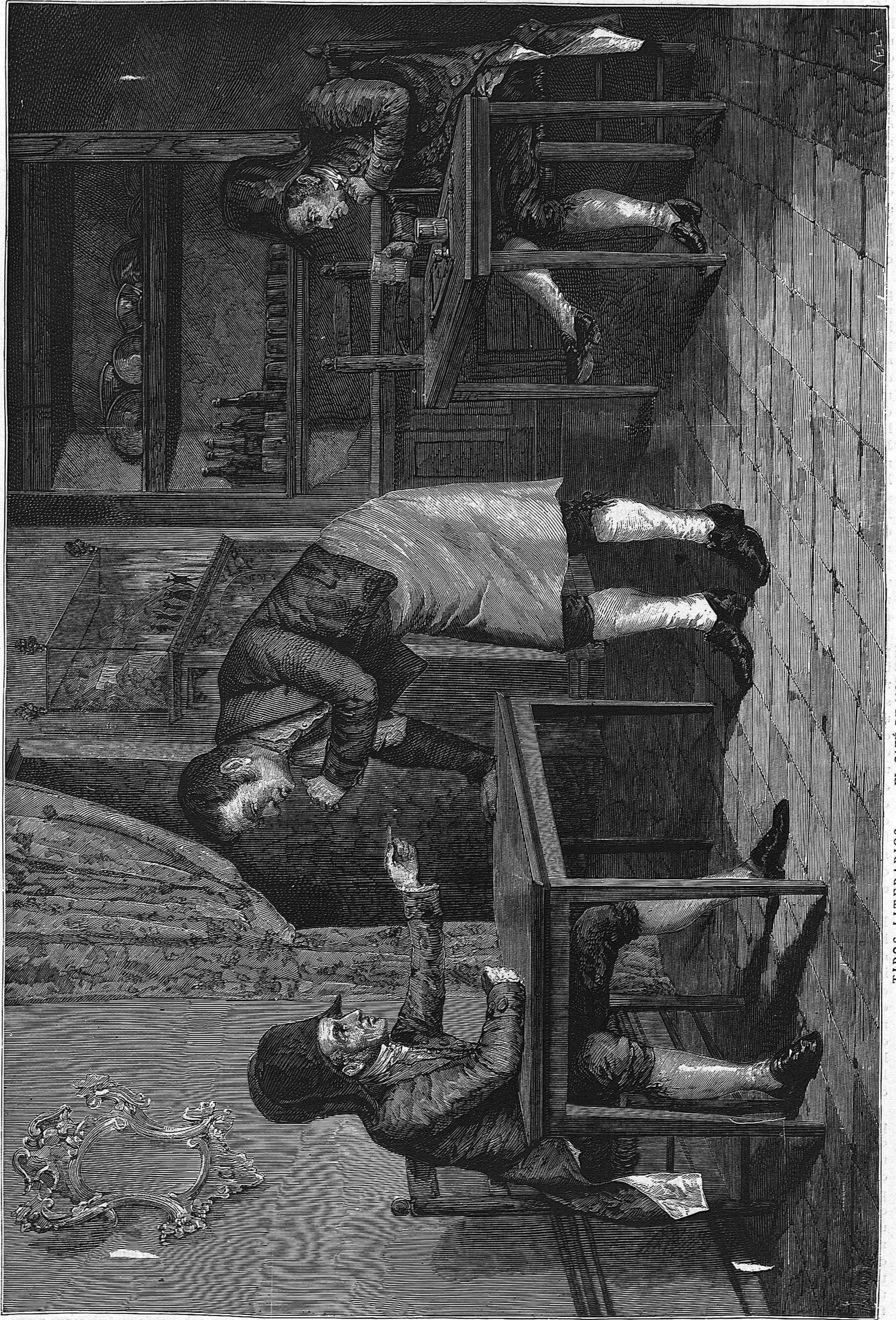
de todo lo que al catolicismo más encendido se refería, bajaban á la arena del combate para romper lanzas, no en favor de las ingenuas y hasta bellas manifestaciones del sentimiento estético cristiano, sino en pró de las fábulas mitológicas, á deshora figuradas en los innumerables lienzos que el Renacimiento produjera.

La verdad es, que no á los críticos de la tradición neoclásica, sino á los hijos de la revolución moderna, á los defensores de la nueva idea, se debe la apreciación más imparcial y más justa de la que puede llamarse, sin exceso, pintura cristiana. Empezando aquéllos por reivindicar los derechos de lo nacional, contra la invasión y tiranía de lo exótico; diciendo luego que la regeneración del arte debía cimentarse sobre el respeto bien entendido de lo castizo, preparaban las inteligencias para que apreciaran el valor de unas creaciones que, reflejando los modos y señales de la vida interior colectiva, eran como testimonios retrospectivos de la propia existencia.

El romanticismo fué la palabra con que la nueva escuela hubo de darse á conocer: los románticos, poniéndose en frente del clasicismo, afirmaban el elemento occidental en cuanto contradecía las tradiciones greco-romanas. Dado el primer paso no era posible detenerse. Se comenzó por sentir que había algo interesante en la historia, aún haciendo caso omiso de los Horacios y Curiacios; que no estaba circunscrita toda la cultura al ciclo de Pericles ó á la época de Augusto, sino que también fuera del Acropolis ó del Capitolio podían encontrarse cosas verdaderamente nobles y grandiosas. Lo que en Alemania había empezado por un movimiento político, contra el primer Bonaparte, se transformó con el tiempo, en la crisis moral é intelectual que hoy preocupa la conciencia humana en todos los pueblos cultos. ¿Qué elemento debe preponderar en la vida? ¿La sociedad ó el individuo? ¿el mundo clásico, con sus fórmulas propias, con sus ventajas é inconvenientes, ó la cultura cristiano-occidental con los gérmenes fecundos que entraña y que aún no han logrado su necesario y legítimo desarrollo? ¿Debemos los hijos del romanticismo continuar irresolutos en la turbación presente, obra de los neoclásicos, que se empeñaron en restaurar el ideal pagano, según hemos dicho, para adaptarlo á necesidades que no podía satisfacer, ó hemos de tomar por nuevo camino y vivir á la moderna, puesto que en lo moderno hemos nacido y á lo moderno pertenecemos?

Hé aquí la grave tesis en cuya solución está empeñado el mundo. Todo lo que ocurre en derredor nuestro, proviene de esa lucha. Bajo el apremio del combate por la vida, lo antiguo, regenerado en parte, por el Renacimiento, pugna por prolongar su imperio, cuando carece de eficacia para el bien, mientras el elemento nuevo, no granjea la preponderancia que le pertenece, detenido por los obstáculos que todos los intereses conservadores, todas las ignorancias, todas las preocupaciones, todos los egoísmos, todos los temores que lo desconocido engendra, le crean, concertándose para la resistencia con el sentimiento de la próxima é inevitable derrota.

Lo dicho es más que suficiente para que se comprenda la importancia que entrañan los temas artísticos, aún más allá del círculo propio de la estética. Escribir, por ejemplo, la historia del desarrollo de la pintura en la Península, equivaldría á estudiar una de las fases, entre las más interesantes, de la actividad nacional. Cada tabla, díptico, tríptico ó retablo es un dato que, bien examinado, puede revelarnos tanto como la crónica más ingenua y acre-



TIPOS LITERARIOS — EL CAFÉ DE MORATIN — DIBUJO DE MORATIN — GRABADO DE G. MELÉNDEZ. GRAVADO DE E. VELA



MARRUÉCOS — EL RECAUDADOR DE CONTRIBUCIONES — COMPOSICIÓN DEL SR. BALACA

ditada, porque el artista, al cubrir la superficie del cuadro con los colores, retrataba la fisonomía moral de sus contemporáneos, recogiendo á la vez, las palpitations más secretas del corazón de nuestros padres.

Hé aquí explicado en breves términos, la indiscutible importancia que hoy se reconoce á las tablas pictóricas de los siglos medios. Esos cuadros son un testimonio de que no podemos prescindir, si es nuestro intento conocer puntualmente cómo sentían, pensaban y obraban nuestros mayores, aquellos atletas del heroísmo, que escribieron con su sangre, la grandiosa epopeya de la reconquista. En esas tablas más ó menos bellas, en esos retablos con figuras que no respetan las leyes del dibujo, que niegan la perspectiva y á veces, afirman la extravagancia, están fotografiadas sus penas, sus alegrías, sus entusiasmos, sus decaimientos, sus días de prueba, sus días de sol, el cúmulo de sentimientos y de ideas que fué preciso para que un puñado de hombres oscuros, forjara en el molde de su ardiente fe, la patria de que ántes carecían.

Ni es ménos oportuno el estudio de las mencionadas obras de arte, desde el punto de vista de la etnografía. Cuando se las examina, recógenese en ellas testimonios de las distintas influencias que sobre los pueblos ibéricos ejercieron hombres, cosas é ideas que venían del extranjero. Si en una parte ó region aparece vivo el influjo italiano, más ó ménos alterado, en otras la preponderancia de las corrientes germánico-neerlandesas es efectiva. Y á las señales inducidas del estilo, del color y de la expresion corresponden los hechos históricos.

Es indudable que durante la Edad Media la península osciló entre dos tendencias: la italiano-clásica y la romántico-occidental. Recórranse los santuarios del litoral mediterráneo, estudiense las instituciones locales de las provincias del Este y aún en parte del Mediodía y se verá cómo se determina una como tendencia que concierne con la cultura que de las regiones orientales proviene; fíjese luego la mirada en la parte central de la península, en las provincias del Noroeste y del Occidente y dominarán las señales románticas, lo mismo en las costumbres que en la literatura y en el arte. De suerte, que el estudio de las tablas de los siglos xiv, xv y xvi puede también contribuir al esclarecimiento de muy importantes problemas dentro de la total historia de los pueblos peninsulares, deduciéndose de aquí, que los monumentos de la clase mencionada, representan un doble valor que no puede ocultarse ante los ojos del erudito, del crítico ó del filósofo.

Desgraciadamente no está ni aún bosquejada la historia artística hispano-portuguesa. El amor exagerado con que se consideraron las obras del Renacimiento, ha contribuido, en no escasa medida, á que se pierdan datos numerosos, cuya falta hoy deploramos, y la extraordinaria preponderancia de las ramas literarias que tienen por base la imaginacion contribuyó también, á que se mirara con negligencia, una suerte de labores que exigía otras cualidades y trabajos. Hoy que notamos el vacío, se deplora la ruina ó desaparicion de la multitud de tablas que enriquecían edificios religiosos y civiles; lo que no evita que ante nuestros mismos ojos, se persista, por muchos, en el deplorable sistema de menospreciar la pintura romántica, cuyos merecimientos no comprenden.

Podríamos citar innumerables ejemplos del censurable abandono en que se tienen muy primorosas manifestaciones pictóricas de los pasados siglos, pero basta con recorrer nuestras catedrales y nuestros santuarios, sobra con estudiar, aunque sea ligramente, el asunto en Sevilla,

Toledo, Avila, Salamanca, Zamora, Valladolid, Búrgos, Valencia ó Barcelona, para convencerse de los errores graves de juicio y de conducta que aún se abrigan por los que se dicen ilustrados. Con escándalo hemos visto en las principales iglesias toledanas, maltratadas tablas harto valiosas por los encargados subalternos del culto; con indignacion reconocimos los atentados que en Salamanca se han cometido con algunas pinturas de Gallego, y quien desee enterarse, no tiene más sinó penerar en el claustro de la catedral barcelonesa y verá cómo se cuidan, allí donde suele exagerarse á veces el celo religioso, el número no insignificante de preciosas tablas que encierran sus sucias y abandonadas capillas. Allí hemos visto la destruccion paulatina de un interesante retablo, por los rayos del sol, sin que una mano amiga lo impidiera; allí se está destruyendo una riqueza pictórica considerable, sin que clericia ni profanos se cuiden de impedirlo.

Esto sentado, compréndese cuánto nos interesa, no sólo propagar el conocimiento de los buenos principios de crítica, sí que también recoger y conservar cuantas tablas pictóricas hayan llegado hasta nosotros. Ni tenemos frases para elogiar á los particulares que, entrando por el buen camino, se ocupan de coleccionarlas, restaurarlas y ofrecerlas á la atencion de los estudiosos. Hoy precisamente, damos en nuestras columnas un testimonio de esta conducta. La lámina de la página primera es copia de la notable pintura en tabla que posee en su Hotel de los Campos Elíseos de Paris el señor conde de Fernandina, distinguido amator de las cosas de arte.

¿Cómo llegó esa joya á sus manos? ¿De dónde procede? ¿A qué estilo pertenece? ¿Quién fué su autor? Segun los informes que hemos obtenido, parece que, recorriendo el Sr. Güell y Renté—harto conocido por sus aficiones artísticas y su buen gusto—la provincia de Valladolid, se detuvo en la capital, guiándole el intento de visitar la galería del Dr. Pérez Mínguez. Había satisfecho su deseo y se disponía á abandonar la casa de su amigo, cuando éste le detuvo para mostrarle unos lienzos que acababa de adquirir, entre ellos, una tabla que yacía arrinconada, sucia y próxima á su total deterioro. Fijóse en ella el Sr. Güell y Renté, y adivinando sus méritos, la adquirió, trasladándose con ella á Madrid, donde fué restaurada por manos hábiles.

Esta es la historia conocida de la *Visitacion de la Virgen á Santa Isabel*, hoy, como decimos, en la galería del conde de Fernandina. Mide la tabla 1'75 metros de altura por otro tanto de ancho, habiendo figurado con aplauso de los inteligentes, en la Sección española de la Exposicion retrospectiva, organizada en el palacio del Trocadero.

Forman la composicion cuatro figuras de medio tamaño natural. En primer término aparecen la Virgen María y Santa Isabel, y en el segundo San Zacarías, que sale de la puerta de una casa, y una mujer que parece acompaña á María. El fondo se halla cubierto por la perspectiva de una ciudad al parecer flamenco. A poco que se examine la pintura, resalta su origen neerlandés. El dibujo, la manera de plegar el ropaje, el color, el fondo, todo lo declara así, y sin embargo, no hay modo de descubrir la mano que hubo de trazarla.

Ni ha faltado quien atribuyera la tabla, á la escuela de Durero, hallándola digna del mismo maestro. En nuestro sentir, las producciones del célebre pintor marcan un grado más en la influencia greco-romana, mientras en nuestro cuadro predominan más las tradiciones román-

ticas, en cuanto al estilo. De todos modos, la pintura es de gran mérito, como documento artístico.

Hasta podría sospecharse que había sido pintada en España por alguno de aquellos artistas flamencos que indudablemente vinieron á la península, siguiendo el camino abierto por Van Dyck. Esto puede asentarse como hipótesis racional y verosímil, en cambio, no llegaremos á decir que la tabla fué pintada por Fernando Gallegos; pareciéndonos que no hay motivo suficiente para la atribucion. Pero sea ó no hispano-flamenca, ó germano-neerlandica, la *Visita de la Virgen á Santa Isabel* es una joya de que con razon se envanece su poseedor. Perfectamente conservada, está pidiendo más ancho campo; está reclamando las paredes de un Museo, y es lástima, que el Nacional la haya visto salir de España, sin adquirirla. Al lado de otras no ménos selectas figuraría dignamente, atestiguando la importancia historico-artística de las tablas de este linaje.

FRANCISCO M. TUBINO.

## GÓNGORA

BOSQUEJO LITERARIO

I

El nombre de D. Luis de Góngora y Argote, que la fama ha escrito con caracteres indelebles en el gran libro de nuestra patria literatura, ha sido y es todavía objeto de empuñadas controversias, en las que la pasion ha influido tanto, que mientras algunos le han prodigado la suma de todos los elogios, otros no han querido reconocer dote alguna de valía en cuanto brotó de su fecunda pluma.

La crítica seria, la burla aguda y punzante, la sátira maliciosa y enconada han buscado en muchas ocasiones su cebo en el nombre del poeta cordobés, lanzando á éste, entre otros duros cargos y acerbas diatribas, la grave inculpacion de haber viciado y pervertido el lenguaje que Garcilaso había levantado á una altura prodigiosa en sus églogas celeberrimas.

No es ciertamente nuestro ánimo vindicar en este humilde trabajo á Góngora de las censuras de que ha sido y es objeto: la modesta obscuridad del paladin ofendería aquel ilustre nombre, y estimamos en mucho la gloria de que se halla revestido para exponernos á empañarlo con nuestra defensa. Pero al ver que no falta quien niegue á Góngora talento natural y genio poético; que hay quien, concediéndole esta última cualidad, le pinta poseído de una incurable locura, y que llega la pasion de algunos críticos, tenidos en general por juiciosos, hasta colocarle por debajo del nivel de los últimos poetas, cumplimos con un deber, tan imperioso como espontáneo, al poner de relieve cuanto en pro y en contra de Góngora se ha dicho, y fundar la razon de lo uno y de lo otro, para que la crítica desapasionada decida si merece más censuras que gloria, ó al contrario, y si tuvo ó no las cualidades poéticas que unos le niegan y que ponderan otros hasta un grado sumo.

No nos parece fuera de lugar dar ante todo alguna breve noticia biográfica del autor que nos ocupa.

D. Luis de Góngora y Argote nació en Córdoba, y precisamente en la misma calle donde se dice que vió la luz el famoso Marcial, el jueves 11 de Julio de 1561. Sus padres fueron D. Francisco de Argote, letrado en ambos derechos y corregidor de Madrid y otras ciudades, y D.<sup>a</sup> Leonor de Góngora, á cuyo apellido dió D. Luis la preferencia, anteponiéndole al paterno, no porque ambos no fueran igualmente ilustres, sinó obedeciendo sin duda á una costumbre muy en uso en aquel tiempo.

De edad de quince años pasó D. Luis á Salamanca á estudiar derecho, despues de haber aprendido las matemáticas, la música y la esgrima. Su natural fogoso y un tanto áspero y su extremada inclinacion á la sátira y á las burlas le produjeron en su juventud no pocos altercados, siendo entre todos el más grave y ruidoso el que por cuestion de palabras tuvo con don Rodrigo de Várgas y D. Pedro de Hóces.

En Salamanca, y después de graduado, fué donde compuso la mayor parte de sus poesías amorosas y festivas; y aunque hay quien afirma que después de su ordenación de sacerdote no volvió á cultivar los géneros literarios que desdaban de su nuevo estado, ni esto se prueba cumplidamente, ni faltan razones para creer lo contrario, si se atiende á alusiones y aún declaraciones hechas por él en algunas de sus poesías de aquella índole.

En 1593, y en ocasión de pasar á Salamanca como beneficiado de la catedral de Córdoba, en unión con el canónigo D. Alonso Venégas, á prestar obediencia en unión de aquel cabildo al obispo D. Jerónimo Aguayo y Manrique, enfermó D. Luis de tal modo, que fué tenido por muerto durante tres días, siendo asistido por el mismo prelado en su palacio hasta que recobró del todo la salud. Después pasó á Madrid y asistió 30 años en la corte con tan poca fortuna, que á pesar de su mérito, sus relaciones y su ilustre cuna, sólo obtuvo, por protección del duque de Lerma y del marqués de Siete Iglesias, un beneficio en la catedral de Córdoba y más tarde una capellanía de honor del rey Felipe III.

En 1626, hallándose Góngora en la jornada que hizo á Aragón el rey Felipe IV, enfermó tan gravemente, que la reina Isabel de Borbón, que estimaba en mucho al poeta cordobés, le hizo asistir como á su misma persona por los médicos de su propia cámara. Si recobró la salud después de esta grave enfermedad, en cambio perdió en ella casi por completo la memoria; y volviéndose á su país natal, entristecido y retirado del trato de las gentes, murió al poco tiempo en la tarde del lunes 23 de Mayo de 1627, á los 65 años, 10 meses y 13 días de edad. Sus restos fueron sepultados en la capilla de San Bartolomé de la iglesia catedral de Córdoba, patronato de la casa de Góngora, sin que ninguna señal ó memoria indiquen el lugar en que yacen.

Góngora vivió con muy escasos bienes de fortuna; se conservan de él muchas cartas en que se queja de la falta de dinero, de sus alimentos, y en algunas de sus composiciones poéticas suele lamentarse así de lo infructuoso de sus pretensiones como de la estrechez en que vivía. (1)

Aunque se dice que Góngora no consintió que viesen la luz pública sus obras durante su vida, fueron, sin embargo, muchos los manuscritos que de ellas se divulgaron en su tiempo, entre los que podemos citar como más notables el que escribió cuidadosamente en vitela don Antonio Chacon, señor de Polvoranca, para la biblioteca del conde-duque de Olivares, y un códice original escrito de manos del erudito portugués Manuel de Faria y Sousa, que se titula: *Obras de D. Luis de Góngora, Exceptos el Polifemo, Soledades y Panegíricos*, y del cual parece tomada, con algunas variantes, la *Colección curiosa de las obras de D. Luis de Góngora, corregidas de los vicios que padecen las impresiones todas que de ellas se han hecho*, que publicó el Ilmo. Sr. D. Luis Venégas de Figueroa, obispo que fué de Almería y gran amigo del autor (2).

Existen otros manuscritos en poder de personas curiosas, y uno entre ellos muy notable en el archivo de la Casa del Corral, hoy refundida en la de los marqueses de la Motilla.

La primera edición de las obras de Góngora se hizo en Madrid en 1639 por dirección de don Jerónimo de Hóces y Córdoba, marqués de Guadalcazar, quien las recogió de manuscritos en donde se hallaban mezcladas con las de otros autores, la segunda en Sevilla en 1648, y la tercera en Bruselas en 1659, por D. Jerónimo de Villégas, que la dedicó á D. Luis de Benavides Carrillo y Toledo, marqués de Caracena y gobernador de los Países Bajos. Después de éstas se han hecho otras muchas, siendo la última la que en 1854 publicó la casa Rivadeneyra, en el

(1) En algunas colecciones se inserta una décima dirigida al licenciado Cristóbal de Heredia, pidiéndole los alimentos de medio mes adelantado, que empieza así:

Señor, pues sois mi remedio  
y sabéis que me he comido  
medio mes que no he vivido,  
enviadme el otro medio.

(2) Esta última circunstancia y las palabras impresas que en el título de esta colección se ponen, ha hecho creer que en vida de Góngora vieron la luz pública algunas ó la mayor parte de sus poesías, á pesar de la oposición del autor.

primer tomo correspondiente á los poetas líricos, cuya colección se debe á D. Adolfo de Castro.

Muchos fueron los que se dedicaron á comentar los escritos de Góngora, pudiendo citar entre los más ilustrados de sus comentadores á D. García de Salcedo Coronel, que se ocupó exclusivamente de las composiciones en *verso largo*; D. Francisco de Amaya, que comentó la primera *Soledad*, y el Licenciado Pedro Díaz de Rivas, que lo hizo respecto de la primera y segunda. D. José Pellicer y Tovar se dedicó á la fábula de *Polifemo*, y el mismo Pellicer y don Cristóbal de Salazar y Mardones escribieron sobre el romance de *Piramo y Tisbe*.

Viniendo ahora al juicio que como poeta ha merecido D. Luis de Góngora y Argote, así á sus contemporáneos como á los que después de él han cultivado las letras, no hemos de adelantarnos á su exposición y examen, sino que procuraremos ante todo estudiar, siquiera sea ligeramente, consideraciones que creemos pertinentes y necesarias, para que de ellas se deduzca la injusticia ó justificación de cuanto de este poeta se ha dicho, ya en su defensa ya zahiriéndole dura y acerbamente.

Fundamos la razón de esta conducta en que es siempre aventurado é injusto sentar juicios sobre las obras de los que nos han precedido, ateniéndonos á nuestra opinión y conocimientos y no al estado del arte ó ciencia que nos ocupa en el tiempo en que se realizaron las obras objeto de nuestro examen.

Nunca con más razón creemos necesaria la aplicación de este prudente sistema. Los que con juicio sereno quieren estudiar al autor insigne que nos ocupa, deben descender á la edad en que produjo sus escritos y al estado de nuestra lengua en aquel siglo, identificarse con los hombres de aquella sociedad, olvidar nuestras costumbres para adoptar por un momento las suyas, abstraerse del moderno adelanto, debido al rápido y poderoso impulso del progreso, para pesar y medir la ignorancia relativa de los tiempos pasados, encerrarse en fin, en el círculo en que el autor pudo y debió desenvolver las manifestaciones de su ingenio; y de este modo es como puede conseguirse que el fallo que se pronuncie tenga el valor del acierto y el que le da la justicia imparcial y desapasionada.

Fijándonos preferentemente, por que así importa á nuestro propósito, en cuanto se refiere al desarrollo de nuestra lengua, bastará que tendamos una ligera ojeada hacia el pasado para convencernos del modo poderoso como aquél ha influido siempre en las manifestaciones del genio.

Hubo un largo período de tiempo en que las naciones europeas carecieron de una lengua propia, como afirma un autor distinguido (1), no pudiendo acomodarse á un idioma determinado; razas distintas y constantemente renovadas, que durante cinco siglos se mezclaron sin confundirse, hubieron de buscar jergas comunes, fruto de la mezcla de todos los idiomas entonces conocidos, pero distintos de todos ellos; resultando de esto el triunfo de la lengua *rústica ó romana* que, modificada y perfeccionada después ha venido á ser origen más ó menos genuino de los idiomas modernos.

España no pudo menos de seguir en este punto la misma suerte que los demás pueblos de Europa, y acaso tuvo para ello más motivo que ningún otro, supuesto que la mezcla de razas y tribus, de costumbres y lenguas diferentes se ha prolongado en nuestro suelo hasta tiempos todavía próximos, por la caída de la monarquía goda é invasión de los árabes, cuya expulsión ha costado á España cerca de ocho siglos de infatigables y sangrientas luchas (2).

Para hacernos cargo del estado de barbarie en que en los siglos á que nos referimos debía hallarse la lengua rústica de la península, basta leer las pocas obras que de aquel tiempo nos quedan, teniendo presente que la lengua castellana se formó entre los años 1037 y 1065, en

(1) Sismondi. *Histoire de la littérature du midi de l'Europe*.

(2) La lengua árabe llegó á hacerse vulgar en toda la parte de nuestra península conquistada por aquel pueblo, hasta tal punto que se escribió en árabe, entre otras importantes obras, una *Exposición de las Sagradas Escrituras*, para los cristianos que poseían exclusivamente aquel idioma, y aun se tradujo á éste la *Colección de Cánones para las iglesias de España*.

el reinado de Fernando I el Grande (1), y que aún las obras más antiguas que conocemos datan de fecha posterior ó sea del siglo XII. En esta última época se escribió, según la versión más probable, el *Poema del Cid*, primer monumento de la poesía castellana, antes del cual, así el lenguaje como la métrica debieron hacer ensayos en obras de menos mérito; porque no es concebible que mientras las otras artes liberales levantaban monumentos á Dios y á la victoria, no hubiera una poesía que inmortalizara la fe y las glorias de aquellos pueblos tan creyentes como heroicos. Queda, pues, un espacio de cerca de dos siglos, durante los cuales el idioma castellano debió ser aún más bárbaro que lo es en dicho poema; y esto puede darnos una idea aproximada, si no cabal, del estado que tendría en la época de su reciente formación.

En aquellas edades los pueblos todos han sido poetas, y España no podía dejar de serlo, porque más que ningún otro tenía epopeyas que cantar, y grandes, inmensas revoluciones en que inspirarse. Pero si aquellos siglos cantaron lo que vieron, los hechos en que tomaron parte y la fe que les enardecía, obediendo á sensaciones entonces vírgenes y rebosando de entusiasmo, y valiéndose para cantar del lenguaje más natural y sencillo, siglos posteriores habían de celebrar asuntos menos tangibles y reales, y que hiriendo menos su vista pedían á la fantasía lo que los sentidos no podían apreciar, perdiendo por este cambio en poesía lo que ganaban en civilización.

A la primera manifestación de la poesía, al *romance de ocho sílabas*, tan fácil, tan natural, tan sencillo, tan hacedero, y al mismo tiempo tan propio y exclusivo de nuestro suelo, que no le poseen ni aún los pueblos cuyo idioma tiene con el nuestro más puntos de contacto y semejanza; á esa poesía tan espontánea é ingenua, en la cual hallaba el entusiasmo su más propia manifestación, y que tiene aún para nosotros un carácter casi sagrado, una tradición gloriosa, y más que todo un sabor patriótico imperecedero, habían de suceder nuevos medios, ya propios, ya imitados con más ó menos acierto de idiomas distintos, un nuevo lenguaje y una nueva métrica, un arte, un fin, en que acaso se sacrifica el entusiasmo al vencimiento de una dificultad ó al deseo pueril de una innovación no siempre necesaria ni prudente.

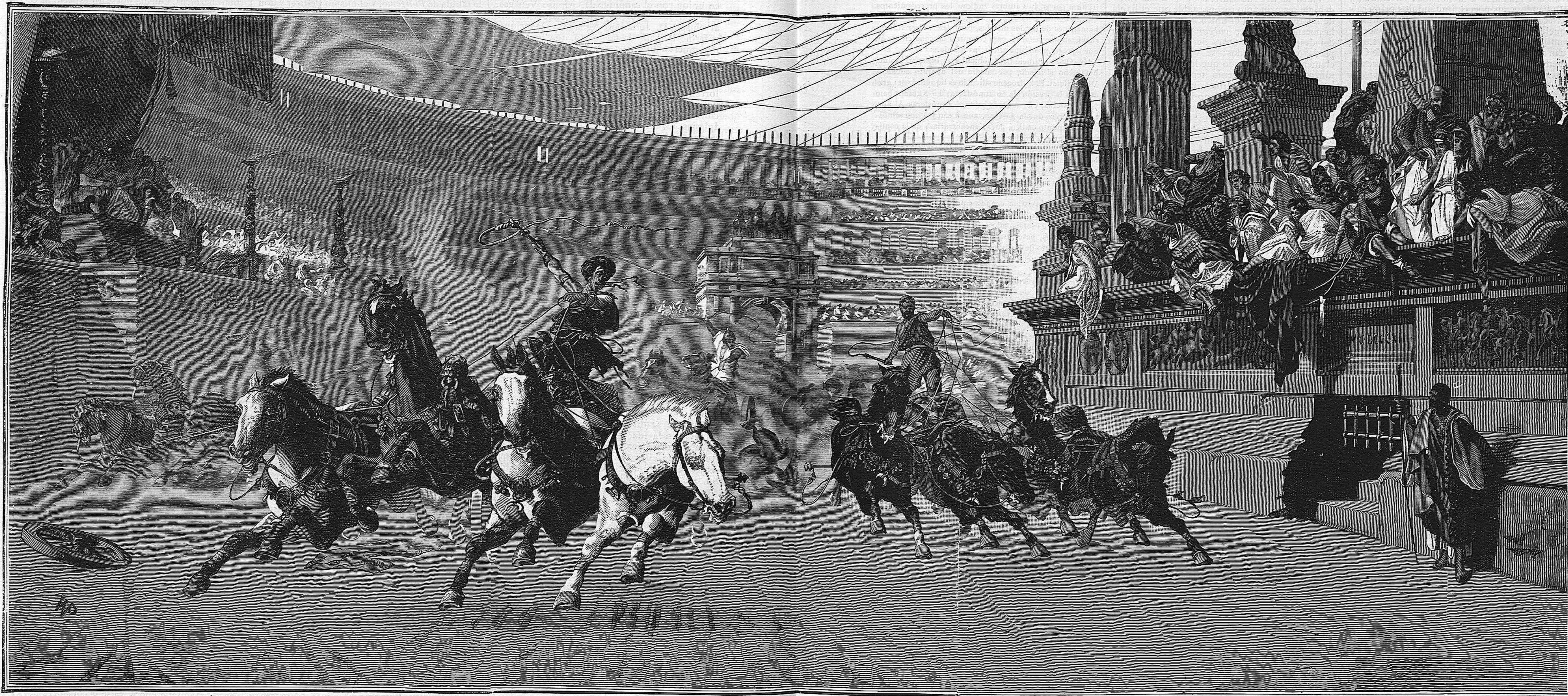
Pasemos por alto el espacio de tiempo en que tuvo sus principios la literatura española hasta el siglo XVI. No fijemos la vista en esa literatura naciente que nos presenta entre sus obras poéticas el *Poema del Cid* de fines del siglo XII; el de *Alejandro*, de Juan Lorenzo de Astorga; las *Crónicas*, de Berceo; la *Historia del Conde Fernán González*, de autor desconocido; el *Libro de Apolonio*, la *Vida de Santa María Egipciaca* y la *Adoración de los Reyes*, también de autor anónimo, del siglo XIII; *El Tesoro* y *Las Querellas*, de D. Alonso el Sabio; las obras de D. Juan Manuel, las de Juan Ruiz, antes del período de retroceso que se nota desde el advenimiento al trono de D. Pedro, y las del rabí D. Santo y D. Pedro López de Ayala, en tiempos y después de aquel rey: no nos fijemos tampoco, entre las obras en prosa, en el *Fuero Juzgo*, el *Fuero Real*, la *Paráfrasis castellana de la historia pública y sagrada*, la *Crónica general de España*, la *Conquista de Ultramar*, el *Conde de Lucanor*, y otras menos conocidas é importantes, sobre todas las cuales se halla el libro de *Las Siete Partidas*, obra la más asombrosa de aquella época, ya se la considere por el profundo saber y filosofía que revela, ya se la juzgue como monumento literario por la facilidad, precisión y elegancia de su lenguaje.

Aun en el siglo XV, aunque no habían cesado las revueltas de Castilla, todavía se manifestó de nuevo la afición literaria, muerta á merced de continuadas y sangrientas luchas; y uniéndose en absurdo maridaje la ambición y la cultura, los trastornos políticos y los progresos intelectuales, el rebajamiento moral y el amor á la poesía, el crimen más audaz y la galantería más refinada, dieron á aquel siglo un sello particular, digno de atento estudio, que guardamos, para ocasión más oportuna, debiendo arrancar ahora nuestro examen del siglo XIV.

Si durante aquel siglo otras naciones de Europa se adelantaron á Castilla con pasos de gigante; si la lengua toscana adquirió la gala y

(1) Tal es la opinión de Sismondi en la obra citada.

# BELLAS ARTES



## CARRERA DE CARROS EN EL CIRCO ROMANO

CUADRO DEL PROFESOR HUNGARO ALEJANDRO WAGNER



hermosura de que aún carecía el habla castellana; si entonces aparecen en Italia Dante y Petrarca, é inspirándose ambos en la escuela de los antiguos y en la de los poetas de Provenza se eleva el primero á la altura de los más grandes poetas que le habían precedido y da el segundo al idioma la dulzura y suavidad encantadora que aún hoy tiene, bien pronto la lengua castellana, siguiendo también el camino de los vates provenzales y obedeciendo al impulso que recibe del sabio y legendario marques de Villena, avanza á igualarse á la italiana, su émula; y estudiando á sus poetas, imitándolos primero y perfeccionándose despues, presenta al mundo aquella pléyade de escritores, el marques de Santillana, D. Juan II, D. Alvaro de Luna, Juan de Mena, Jorge Manrique, Alonso de Cartagena, Sánchez de Badajoz, Fernan Pérez de Guzman, el Bachiller de la Torre, Rodríguez del Padron, Maxias, Juan de Padilla, Gómez de Ciudad-Real, Fernando del Pulgar, Diego de Valera, Rodríguez de Alméllas, Gutierre Díaz de Gómez, y tantos y tantos otros como cantaron la fe, el amor, la naturaleza, la ciencia ó la historia, arrastrados por su irresistible impulso hacia las tareas literarias, aún en medio de las contiendas civiles y de la guerra con los árabes, lo que aquilata el maravilloso entusiasmo de que se hallaban poseídos (1).

Pero en medio de este general entusiasmo hay que notar dos corrientes completamente opuestas: la de la poesía *erudita* y la de la poesía *popular*. La primera desenterra las obras de la Antigüedad, no para imitar sus bellezas intrínsecas, sino para amoldarse á la forma del lenguaje. Amparándose á una mal entendida erudición, ahogó el ingenio, y empeñada en comentar y traducir aquellas obras sin curarse de penetrar sus encantos, apagó el fuego de la inspiración, sacrificándolo todo á la estructura exterior. La segunda, la verdadera poesía nacional, despreciada por muchos como rastrera y humilde, tuvo sin embargo fuerzas para resistir al influjo de la erudita, que ansiaba sofocarla y conquistarse la valiosa cooperación de grandes ingenios, produciendo obras vigorosas, fecundas y llenas de espontánea lozanía.

Mas aunque separadas y émulas entre sí, se perfeccionaron en su propia esfera ambas literaturas, comunicándose recíprocamente dotes de grande estima, si bien hay que confesar que la literatura erudita ó descendió con frecuencia á un rastrero prosaismo ó se contaminó de nuevo de la hinchazon y estravagante sutileza con que se mostró en un principio, tardando aún mucho tiempo en alcanzar las condiciones á que aspiraba; esto es, un estudio más acabado de las obras de los antiguos y un lenguaje y una versificación capaces de amoldarse á la expresión de todos los afectos.

Se necesitaba, pues, otro metro distinto del usado hasta entonces, y la gloria de esta innovación estaba reservada á Juan Boscan, que introduciendo en nuestra lengua el verso *endecasílabo*, usado por los poetas italianos, y del que como por acaso se habían hecho pocos y poco meditados ensayos desde D. Juan Manuel; único metro que entre nosotros sufre la falta de la rima, de la que no necesita para lucir toda su gentileza, y con el cual cobró la poesía castellana la libertad y soltura que necesitaba y la armoniosa sonoridad que nace de la varia colocación de los acentos en vez de la monotonía del *alejandrino*, la rigidez de las *coplas de arte mayor* y las poco artificiosas combinaciones de que hasta entonces se había valido la métrica castellana, salvo el romance de ocho sílabas, peculiar de la poesía popular.

Pero si la gloria de esta revolución, que ensanchó poderosamente los términos de nuestra poesía, se debe de derecho á Juan Boscan, preciso es confesar que este poeta careció del genio necesario para perpetuar y engrandecer el valor de su obra con el de sus poesías, hartas, medianas y casi relegadas hoy al olvido, no por falta de facilidad y dulzura, sino por carecer de colorido poético y abundar en retruécanos alambicados é ingeniosos.

Garcilaso de la Vega, ese poeta cuyo nombre debiera inscribirse siempre con letras de oro,

era el llamado á eclipsar la fama de su amigo al imitarle y seguirle en el camino de esta innovación; y si á pesar de la oposición tenaz que muchos y buenos poetas hicieron al nuevo metro, entre ellos el fluído y gracioso Cristóbal del Castillejo, triunfaron los llamados *Petrarquistas*, la gloria de este triunfo es toda de Garcilaso, de aquel apuesto caudillo, de aquel genio privilegiado, que supo hacer olvidar cuanto le había precedido y señalar con sus obras el origen del esplendor de las musas castellanas.

Vibró la lira de Garcilaso, y á sus sonos dejó de ser principio incontestable que el habla de los romanos era el único lenguaje digno de la poesía: el *romance vulgar* se alzó del polvo del desprecio á la altura de los idiomas más perfectos y levantados; se vió que constituía elemento más adecuado que lo fuera hasta entonces para que el genio tendiese vuelo más rápido hacia más sublimes inspiraciones; y en manos del soldado castellano la lira de Castilla fué por su flexibilidad y dulzura digna émula de la de Virgilio.

Garcilaso, siempre dulce, correcto más que todos los que le precedieron y que casi todos los que le han sucedido, dotado de una gracia y naturalidad admirables y de un sentimiento ingenuo y exquisito, llevó sus pasos tan léjos, que no se limitó á hacer una revolución en la métrica española, sino que dió por nuevos modos nuevo estilo también y nueva índole á la poesía, señalando con el ejemplo el origen de una fecunda reforma, á cuyo autor debiera alzar España monumentos preciosos, si no los tuviera en la admiración de los españoles amantes de las letras.

Los ingenios castellanos no podían dejar de obedecer al impulso dado por Garcilaso, y el siglo xvi, tan fecundo en grandes poetas, vió levantarse nuestra literatura al mayor grado de esplendor, como se levantaba nuestra gloria á una altura jamás alcanzada por nación alguna, gloria mal sostenida desde entonces y mermada desgraciadamente luego, ya por juicios providenciales, ya por extravíos humanos que no debemos analizar aquí, aunque siempre y en toda ocasión deban ser sentidos y llorados.

Fray Luis de Leon, el poeta candoroso, cuyas obras, faltas de arte por lo general, producen un dulce y casi celestial arrobamiento; Francisco de la Torre, el sensible y melancólico pintor de la vida campestre, que hizo de la pluma un pincel y dió color á la palabra; don Diego Hurtado de Mendoza, el profundo filósofo, cuya fama como poeta eclipsó el mismo al escribir en prosa como nadie hasta él lo había hecho: hé aquí, entre otros, los que, siguiendo la senda trazada por Garcilaso, levantaron la poesía castellana á la altura á que en sus obras la vemos, altura jamás alcanzada acaso ni aun por la italiana, de quien se propusieron ser imitadores y vinieron más tarde á ser modelos acabados.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

(Se continuará.)

## LA QUINCENA PARISIENSE

En la última sesión de la Academia de Ciencias Mr. Van Tieghem ha dado á conocer los resultados de sus investigaciones sobre la fermentación de la celulosa.

Ya en 1850, Mitscherlich anunciaba á la Academia de Berlín que la celulosa fermenta, habiendo experimentado el hecho poniendo en infusión patatas mondadas, en agua. Observando el líquido, pasado algun tiempo, lo encontró lleno de vibriones, que supuso ser los agentes del fenómeno.

En 1865, en el curso de sus investigaciones sobre los lactíferos, Mr. Trecul descubrió en rededor y en el interior de los tubos, y al rededor y dentro del parénquima circundante, corpúsculos amilíferos, que llamó *Amylobacter*, de los cuales distinguió tres géneros. Mr. Trecul afirmó que estos corpúsculos nacen, todos á la vez y espontáneamente, en los lactíferos y en las células cerradas, por una transformación directa del protoplasma.

Mr. Van Tieghem ha establecido que los tres géneros de *Amylobacter* no son más que los estados sucesivos de una sola y misma especie, perteneciente al género *Bacillus*, y que llama *Bacillus Amylobacter*. Ha seguido el desarrollo del *Amylobacter* y se ha cerciorado de que, ántes de llegar á su fase amilácea, mientras aún se halla en estado de prolongamiento y división, puede el *bacillus* penetrar en la cavidad de las células á través de su membrana. El *Amylobacter* es anaerobio, y

posee la notable propiedad de disolver la celulosa y de hacerla fermentar con desarrollo de gas. Es el fermento figurado de la celulosa, y es el vibrion de que habla Mitscherlich. Mr. Van Tieghem asegura que no hay diastasis de celulosa formada en exceso por el *Amylobacter* y obrando á distancia fuera de él. La acción disolvente del *Amylobacter* sobre la celulosa se opera al contacto del primer cuerpo con el segundo.

MM. Sainte-Claire Deville y E. Mascart han presentado una nota sobre la construcción de la regla geodésica internacional, que ha sido preparada por messieurs Johnston Mathey de Londres, con platino é iridium puros. Los autores indican los procedimientos que han empleado para obtener una liga debidamente homogénea de los dos metales, para determinar su densidad, en una palabra, para encontrar las condiciones en que la regla geodésica queda invariable.

Mr. Ogier anunció haber obtenido la liquefacción del hidrógeno siliciado, por medio del aparato debido á Mr. Cailletet. El hidrógeno siliciado es líquido á —11 grados bajo la presión de 50 atmósferas; á —5 grados bajo 70 atmósferas, y á —1 grado bajo 100 atmósferas. Al contrario, á cero queda gaseoso, aun á 150 y á 200 atmósferas. El punto crítico, pues, encontraríase en la contigüidad de cero grados.

La influencia de la duración y de la intensidad sobre la percepción luminosa ha sido tema de estudio de MM. Richet y Breguet, quienes han notado, entre otras varias observaciones, que una luz débil, percibida claramente cuando impresiona durante algun tiempo la retina, hácese invisible cuando su duración disminuye. De este hecho deducen que en la vision retiniana hay un periodo de inercia, tal vez despreciable tratándose de luces intensas, pero que sin embargo debe tenerse en cuenta respecto de las luces débiles, toda vez que éstas emplean un tiempo apreciable para vencer dicha inercia.

El Instituto ofrece, para adjudicar desde 1880, varios premios nuevos, de valor asaz importante. Los interesados deberán dirigir, francos de porte, los manuscritos y documentos justificativos á la Secretaría, ántes del 1.º de Enero de 1880.

Hé aquí la clasificación de los nuevos premios para las diversas secciones:

*Academia francesa*.—Premio de Mr. Jules Janin. Valor 3,000 francos. Este premio se adjudicará á la mejor traducción de una obra latina.

Premio *Botta*.—Mme. Botta, de Nueva-York, ha hecho un donativo de 20,000 francos, cuyos réditos deben emplearse en la fundación de un premio quinquenal. Este premio se adjudicará por vez primera á la obra mejor publicada en frances, durante los cinco años precedentes, sobre la *Condición de las mujeres*.

*Academia de Ciencias*.—El baron de Marogues ha legado una suma de 10,000 francos, en papel del Estado, para un premio quinquenal á la obra que haya hecho progresar más á la agricultura francesa.

Premio *Gay*.—Mr. Claude Gay ha legado una renta perpetua de 2,500 francos para la fundación de un premio anual de geografía física, cuyo asunto para 1880, será: Estudiar los movimientos de alza y baja que se han producido en el litoral oceánico de Francia, de Dunkerque al Bidasoa, desde la época romana hasta nuestros días.

Premio *Dugate*; valor 2,500 francos.—Este premio quinquenal se adjudicará al autor de la mejor obra sobre los signos diagnósticos de la muerte y sobre los medios de precaver las inhumaciones precipitadas.

Premio *La Fons Melicocq*. Medalla de oro de 900 francos. Se aplicará á la mejor obra de botánica sobre el Norte de Francia.

*Academia de Inscripciones y Bellas Letras*.—Premio *Bordin*. Tema: Exposición de la economía política de Egipto desde la conquista de este país por los romanos, hasta la conquista árabe.

Premio de la *Academia*; 2,000 francos. Tema: Estudio histórico sobre los impuestos indirectos entre los romanos hasta la invasión de los bárbaros, segun los documentos literarios y epigráficos.

Tres premios *Bordin*: 1.º Estudio histórico y crítico sobre la vida y las obras de Cristina de Pisan; 2.º Origen y desarrollo del sistema de los mapas en la India, y 3.º Estudio sobre la vida y los escritos de Eustatho.

Cada uno de estos tres premios es de valor de 3,000 francos.

*Academia de Ciencias morales y políticas*.—Nociones de legislación, derecho público y jurisprudencia. Tema: Exponer el asunto de la extradición de los malhechores. Valor 1,500 francos.

Premio *Victor Cousin*.—Sección de filosofía. 5,000 francos. Investigar los orígenes de la filosofía estoica en los sistemas de moral, de física ó de metafísica que la precedieron; exponer la filosofía estoica en su conjunto.

Premio *Leon Fauch*.—Sección de economía política y hacienda; estadística. Valor, 3,000 francos. Tema: Vida, trabajos y obras de Luis Wolowski.

Premio *Bordin*.—Sección de legislación y jurisprudencia.

(1) Para conocer hasta qué punto llegó la especie de vértigo poético que en aquel siglo reinaba en Castilla, bastará hacer notar que en el *Cancionero general*, recopilado por Fernando del Castillo, se cuentan nada menos que 136 autores, siendo fácil colegir que no incluyó en dicha obra todos los que entonces florecían.

dencia. Valor, 2,500 francos. Tema: Exponer las modificaciones que, desde el principio de este siglo, se han introducido en Francia y en el extranjero, en las leyes relativas á los títulos negociables por vía de endoso, y á los títulos al portador.

\* \* \*

Y sigue en aumento el triste registro necrológico.

El gran caricaturista Honorato Daumier ha bajado al sepulcro, despues de una lenta agonía de dos días, á los 70 años de edad. El día anterior, sin que nada indicara su próximo fin, iba de paseo con unos amigos, cuando de improviso cayó herido de un ataque de parálisis cerebral. Murió, sin recobrar ni un momento el conocimiento; velado constantemente por su mujer, y los dos hijos del eminente pintor Daubigny.

Desde 1832 fué Daumier uno de los más activos colaboradores del periódico *La Caricature*, donde una condena, efecto de un dibujo por demas atrevido contra la monarquía de Julio, puso más en relieve su nombre ya conocido.

Su lápiz, látigo festivo y cruelmente despiadado, marcaba con indelebles estigmas los vicios y las ridiculeces, las palinodias y las cobardías.

Á la vez que iba prosiguiendo su brillante campaña en el *Charivari*, publicaba, incansable, las series de las *Divorceuses*, las *Femmes socialistes*, los *Greco*, los *Robert-Macaire*, los *Locataires* y *Propriétaires*, etc., etc.

En 1877 vióse obligado á dejar sus tareas artísticas. Perdió completamente la vista, y esta desgracia, privando al pobre genio de los recursos de su arte, le decidió á abandonar su caro Paris y á instalarse en una casita que poseía en Vermandois...

Tambien ha muerto Débillemont, el célebre director de orquesta de la *Porte-Saint-Martin*. Á la edad de quince años vino de Dijon á Paris, y entró en el Conservatorio, en la clase de violín. Poco despues fué admitido en la orquesta de la *Opéra-Comique*. Un socorro pecuniario, votado por el Consejo general de la *Côte d'Or*, le permitió seguir el curso de composición musical. Leborne y Carafa fueron entonces sus profesores.

Antes de abordar el teatro, dióse á conocer Débillemont por numerosas piezas de canto, romanzas, nocturnos, sinfonías, cuartetos, quintetos, etc., etc. Sus primeras producciones teatrales vieron la luz en Dijon, que puso en escena el *Renegat*, el *Bandolero*, *Feu mon oncle*, le *Joujou*. Su debut en Paris tuvo lugar en los *Bufos parisienses*, en una obra en un acto titulada *C'était moi*. Su más brillante éxito fué *Astaroth*, ópera cómica en un acto, letra de Boisseaux, que se estrenó en el *Théâtre-Lyrique*, en Enero de 1861. Despues dió á los bufos, en 1862, *Un premier avril*, opereta en un acto, letra de Rochefort y Marx; *Roger-Bontemps*, en dos actos, letra de Clairville y López, en 1868, en las *Fantasies Parisiennes*; la *Viperine*, en un acto, letra de Busnach y Prevel, en *Folies-Marigny*, y la *Revanche du Roi Canaule*, en un acto, letra de Thierry y Avenel, en los Bufos.

Á sus sobresalientes dotes de músico unía Débillemont la más ejemplar modestia....

Insaciable la parca, y ciega en el manejo de su gadaña, no se contenta con el ópimo botín que le proporciona el rey de la creación. Tambien descende algunos peldaños de la escala zoológica, y elige sus víctimas entre las notabilidades de orden inferior.

¿Quién ha echado en olvido á Sultan, aquel león que dió tanto que hablar de sí, hará dos años?

Sultan, á la sazón, hallábase en wagon-jaula en la estación de Vaise, en Lyon. Preséntase un ganadero, llamado Vicart, quien, esperando el arribo de una partida de bueyes, quiere á toda costa que su mercancía se encuentre en el wagon donde le dicen que va un león. Sin hacer el menor caso de las prevenciones, abre el cerrojo y mete el brazo en la jaula... Un minuto despues, el brazo estaba aprisionado en la garganta de Sultan, que ayunaba hacia dos días, atendido á que las fieras están privadas de alimento durante sus viajes en tren. Para impedirle que se engullera todo el cuerpo del desdichado Vicart, fué preciso introducir una horquilla de hierro en las narices del enfurecido animal, á quien el dolor hizo soltar la presa.

Despues amputóse el brazo á Vicart, y se curaron las heridas de Sultan. Todo Paris ha podido ver cada noche á Bidel introducir su cabeza en las fauces de este último.

Pocos días há, mostrándose Sultan más uraño que de costumbre, recibió naturalmente mayor número de latigazos. En su lucha con el domador, abriéronse de nuevo sus heridas. Produjóse una espantosa hemorragia y á las pocas horas succumbió el león.

Sultan había costado 15,000 francos á Bidel. Aclimatado ya y domado, valía últimamente 25,000; ahora no vale ya más que lo que produzca su piel. Con esta van seis fieras que de su admirable colección ha perdido Bidel, desde la Exposición acá, inclusa Zaida, su leona favorita, que murió quince días atras de una fluxion de pecho.

\* \* \*

Decididamente, el Carnaval chochea.

Los bailes de la Ópera, antaño tan famosos, ya no son sinó un pálido reflejo de lo que fueron.

Aquella animación, aquel entusiasmo, aquella *sacra fames* de expansión que desbordaban en el recinto del primero de los teatros de Francia, hánse ido extinguiendo gradualmente, sin duda por razon de una vetustez de más de siglo y medio.

En efecto, el año 1716 vió nacer los celeberrimos bailes de máscaras en los teatros, y á su creación concurrieron ¡trío singular! un regente, un duque y un fraile.

El duque de Antin, cortesano ingenioso y fecundo para idear diversiones, capacidad nula cuando se trataba de asuntos graves, solicitó y obtuvo de Felipe de Orleans el permiso para dar algunos bailes de máscaras en la *Academia Real de Música*, que por entonces tenía su trono en el *Palais-Royal*.

Empero, aun cuando la platea del teatro era de vastas dimensiones, requería algunas reformas importantísimas para adaptarse á su doble destino. Comenzóse, pues, por suprimir las gradas de piedra, instituyéndolas en una parte del enfiteatro por bancos de madera, guarnecidos de terciopelo. El espacio restante fué reservado para patio, donde los espectadores permanecían en pie, á usanza de los demás teatros.

Hecho esto, un religioso carmelita, el padre Sebastian, discurrió el medio de elevar el piso del patio al nivel de las tablas, para los bailes. Su invención le valió una pensión de mil quinientas libras. Á la verdad, mucho más merecida era esta recompensa que otras miles que á manos llenas se prodigaban en aquellos buenos tiempos.

El primer baile de máscaras tuvo lugar el 2 de Enero de 1716, y desde su principio la nueva diversion obtuvo un éxito prodigioso. Cinco libras (precio entonces exorbitante) costaba la entrada en aquel jardín de Armida donde la locura y la malignidad navegaban á velas desplegadas con un completo abandono, al que ni las damas aristocráticas, ni las simples mortales de la clase media parecían dispuestas á sustraerse.

Escusado es decir que aquellos gentil-hombres que se llamaban los *roués* del Regente, los La Fare, los Simiane, los Nocé, los Gavanne, los Clermont no se descuidaban de concurrir á tan incentivas reuniones en las que su proverbial *sans-façon* podía llevarse á extremos límites sin asustar demasiadamente á las más ariscas beldades. El duque de Richelieu, á quien las damas de alta jerarquía llamaban el *hijo de Marte y Venus*, y el conde de Charolais, que á pesar de ser príncipe de sangre real no gozaba entre ellas de tan brillante reputación, daban el *tono* en aquel abigarrado pandemonio; y lo que este *tono* podía ser, dicenlo claramente las *Memorias* de la época.

¿Qué más?

En sus expansiones de buen humor el regente en persona se mezclaba entre las máscaras, llevando de la mano á su favorita de un día, ó buscando á veces una nueva aventura en tan propicio semillero.

¿Qué buenos tiempos aquellos, los de nuestros *buenos abuelos*!

Desde entonces, la nueva diversion hizose de moda y paulatinamente, del teatro de la Ópera fué tomando cartas de naturaleza en otros teatros y salones de baile de la capital y en los de provincias, viniendo á convertirse en elemento obligado durante el período de anárquica jovialidad.

A su apogeo llegó en el espacio de un siglo, manteniendo su fama durante cinco ó seis lustros. Bien es verdad que á la sazón, la intervención de un célebre lord, que parecía haberse impuesto la tarea de difundir por doquier la más bulliciosa locura, contribuía y no poco á sostener la animación que entonces reinaba en la época del Carnaval.

Aquellos días, sobre todo el domingo y el martes, una larga fila de ricas calesas llevando en sus asientos á las actrices más elegantes y engalanadas con graciosísimos trajes, extendiase de extremo á extremo del bulevard, desde la Magdalena á la Bastilla.

Era aquello, como si dijéramos, el Longchamps del Carnaval.

Poco á poco las ricas calesas fueron desapareciendo, y las máscaras empezaron á escasear de año en año.

Entonces el *Anuncio* hizose mascarada, y los coches convirtiéronse en *Reclamo*, y hoy día ha llegado la decadencia á tal extremo que las poquísimas máscaras que, cual exóticas flores se encuentran en el bulevard, ó representan alguna casa de comercio ó aprovechando siquiera la libertad de que les es dado gozar en estos días, recorren los puntos más céntricos sonando á todo pulmón su instrumento favorito, la *trompa de caza*.

¡Sí, decididamente, el Carnaval chochea!

A B.

Paris 25 Febrero 1879.

## ¡ UN IMPOSIBLE !

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

(Conclusion)

### CAPÍTULO XVIII

En una de la más elegantes habitaciones del *Grand Hôtel* de Paris reinaba un silencio tan profundo, que no podía ménos de formar desagradable contraste con la algazara y alegría del resto del local.

En esta estancia residía la marquesa del Valle, la linda viuda que en su última carta á Isabel nos anunció su partida á la capital de Francia en busca de adornos, alhajas, trajes y diversiones.

Á juzgar por la sencilla bata que lleva, no debe ser muy grande su presunción; pero si se atiende á la tristeza que la consume, hay que declarar que no ha encontrado en Paris lo que fué á buscar en él.

Paséase á lo largo del gabinete, estrujando sin darse cuenta una carta que tiene en la mano. Otras veces se sienta, ó trata de acostarse, cerrando los ojos para buscar el sueño; mas éste le niega su descanso, y aquella mujer ántes tan hermosa, empieza á desmejorarse. Se pinta en su fisonomía la lucha de encontrados sentimientos, y la que ella sostiene contra todos porque no quiere reconocer ninguno. Sin embargo, son tan violentos, que ya la tienen casi rendida, y aun alguno parece próximo á vencer declarándose dueño y señor de aquel altivo espíritu.

Quince días habrían transcurrido desde que Magdalena llegó á Paris sumamente contenta y satisfecha de su decision, feliz de ser admirada y de verse sin el *estorbo* de su *melancólico poeta*, como llamaba á Santiago. La colonia española residente allí, en cuanto tuvo noticia de su llegada, fué á verla y á convidarla á sus bailes y comidas. Esta atmósfera acrecentó la fiebre de lujo que ya venía padeciendo, y llegó á delirar por conseguir mayores triunfos. Mientras más se convencía de su mérito físico, mientras más pensaba: «¡qué celebrada soy!» más y más perdía el juicio proyectando nuevas *toilettes*. Si su mente, impulsada por algun destello de incomprendible romanticismo no extinguido aún, la llevaba á pensar en Santiago, se decía:

—«El día que ménos le espere, se me aparece aquí: ese hombre me ama de veras, está el pobre tan enamorado, que no puede vivir sin verme. Tengo la seguridad de que no ha ido á Murcia, de que está en alguna aldea solitaria, llorando en sentidos versos mis desdenes! Por cierto que me agradaría que los publicara en un libro, para que el mundo entero supiese que yo inspiré ese amor tan grande y ese pesar tan profundo. Siento por Isabel que no vaya á Murcia, porque me parece que á ella no le es indiferente; pero cuando los hombres dan en sufrir por otra, la vida de las demas mujeres les desespera.»

Tanta indiferencia, tanta presunción y tanta vanidad tomaron al fin otro giro, sufriendo un total cambio, cuando vino á impresionar el espíritu de Magdalena una carta de Isabel, concebida en estos términos:

«Querida Magdalena: desde la llegada de Santiago á este pueblo no he tenido tiempo de escribirte; y aunque lo hubiera tenido, hubiese esperado siempre tu vuelta, porque él mismo me dijo que ántes de llegar á Paris tenías pensado recorrer algunos de sus pintorescos alrededores, é ignoraba tu dirección. Hoy que te supongo instalada en el *Grand Hôtel*, me apresuro á dirigirte estas líneas, porque he de comunicarte algo que sin duda celebrarás, pues si mal no recuerdo, me has demostrado hasta interés de que se realizara lo que hoy te comunico, y que constituye mi completa felicidad. Me caso con Santiago: no te equivocaste al adivinar que sentía por él inmenso amor, debajo de aquella capa de amistad; estos son inexplicables impulsos del sentimiento, y secretos del corazón. Si tú le hubieras amado, veros felices hubiera sido mi único consuelo, aunque también mi mayor envidia; pero la hubiera devorado en silencio, como sufrí la pesadumbre de no ser el objeto de su amor. Llegó Santiago á este pueblo, cuando tú me escribías: «no le amo, no me pertenece, puedes amarle,» y acepté este permiso, necesario para la tranquilidad de mi conciencia. Él estaba triste, porque te quería mucho, Magdalena; pero Dios me favoreció, y mis pasadas penas me sirvieron para recibir la recompensa de endulzar su vida, primero, consolándole despues, proporcionándole días felices, y por último, teniendo la satisfacción de haberle inspirado el mismo apasionado afán que sentía yo por él. Nuestras almas destinadas la una para la otra, se han jurado ya un eterno amor; juramento que bien pronto repetirán nuestros labios ante los altares, pues nuestro casamiento pende tan sólo de la llegada de unos papeles míos. Sé que te alegrarás, porque has comprendido que yo le he amado siempre por todo lo que tú no lo amastes, y ya

COSTUMBRES ORIENTALES



I.A. ALMEA — CUADRO DEL PINTOR L. MÜLLER

que no habeis llegado á ser esposos, deseo que seáis buenos amigos, porque os necesito á los dos para completar mi ventura.

«Adios, Magdalena... ¡qué feliz es tu amiga

*Isabel!*»

Magdalena, en el primer instante que leyó estas líneas, exclamó:

— ¡Es raro! yo quiero bien á Isabel, deseo su felicidad, y sin embargo, no me alegro, no experimento la satisfacion que debía: parece que en vez de agrardarme, me estorba su ventura. Me sorprende que él se haya enamorado tan pronto de otra mujer: ¡qué falsos, qué inconstantes son los hombres!

Despues siguió pensando:

— Creí que Santiago no amaría sinó una vez en su vida... ¡le hice demasiado favor! ¡de buen ingrato me he librado!

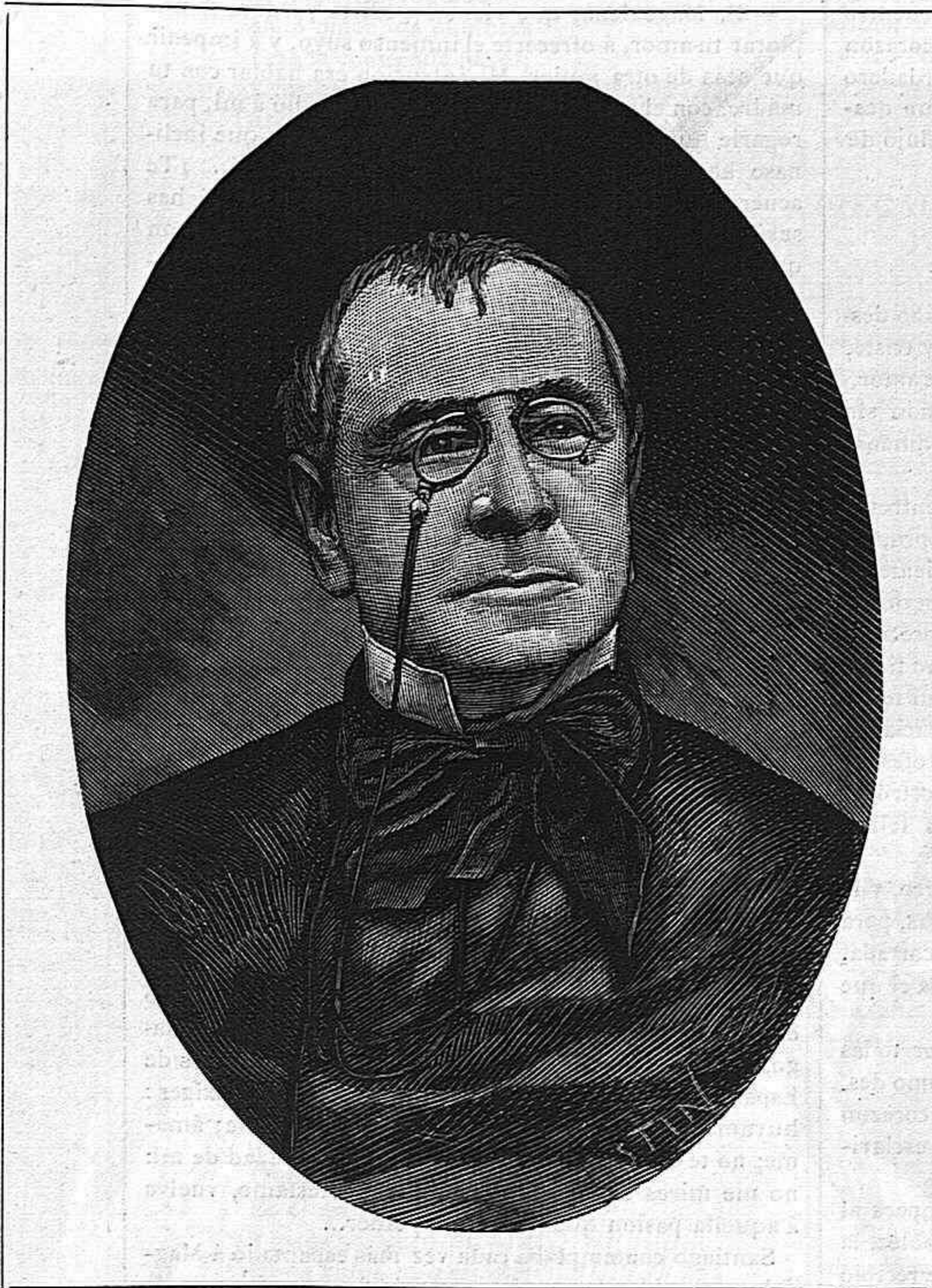
Quiso escribir á Isabel, mas no pudo hacerlo porque no encontraba nada que decirle, y lo dejaba siempre para otro día. Entónces proyectó divertirse más que nunca, reía y hablaba sin motivo, y tuvo buen cuidado de no referir á nadie la boda de Arellano, porque se lo impedía su vanidad.

Se acostó, y no pudo conciliar el sueño: le espantaba la oscuridad, y la luz le importunaba: traía á su mente mil recuerdos, ya tristes, ya alegres para impedir que otro pertinaz pensamiento se enseñorease de su alma. Durmió un rato al fin, mas fué su despertar tan sombrío, se sintió tan abrumada con el peso de una enorme aunque desconocida carga, que se preguntaba:

— ¿Qué tengo, qué me sucede, por qué estoy triste?

Pasaron algunos días, y aunque lo intentó tampoco pudo escribir á Isabel; empezó á pensar en ella con rencor, tachándola de mala amiga, de que tenía una intencion perversa, etc. Y ya no salió de casa, ni recibió á nadie, ni áun se ocupó de su hijo. Sufría una sobreexcitacion muy grande: no quiso llamar al médico, temerosa de que adivinara su verdadero estado, que ni á sí misma quería confesarse. Lloraba á veces, hablaba sola otras, y rabiaba y se desesperaba tambien algunos instantes. Hoy, ya no puede ser mayor su locura, se han declarado aquellos síntomas, siente necesidad de gritar, y dice así:

— Amo á Santiago... no, no me engaño; ahora que va á ser de otra, es cuando quiero que sea mío; ahora experimento todos los amorosos impulsos que soñé y no



EMILIO DE GIRARDIN

sentí jamas. Ahora me siento capaz de hacerle feliz. Él me ama... ¡si fuera tiempo todavía! Él se casa con Isabel por agradecimiento, por reflexion, él no ha querido ni quiere á más mujer que á mí... ¡Por qué le he dejado alejarse de mi presencia, Dios mío!... ¡Qué talento, qué alma tiene! Cuando me decía que me amaba, ¡cómo brillaban aquellos ojos tan divinos, iluminados por la luz de un juramento... ¡Y otra mujer va á ser dueña de tanta dicha? no es posible: yo soy la que tengo más derecho, yo la que le enseñé á amar, puesto que le inspiré su primer cariño. He sido víctima de mi infame corazon,

Muy posible sería que para mover la rueda de su sentimiento, no hubiera más impulsos que lo imposible. Yo no sé si es amor, ó rabia, porque mucha vanidad es la suya para que sea verdadero su repentino cambio.

No te desesperes; ya has conseguido tu gusto, Magdalena; ahora amas; ¡qué te importa no ser correspondida, si lo que deseabas era amar, amar tan sólo? Desengañate: la que á mayor altura quiere ascender, es la que nunca sube; la que más se estudia, es la que menos se conoce; la que más vehementemente se cree, es la más insensible; la que quiere á toda costa amar, es la que no

y por lealtad le dije que me abandonara; pero ahora le llamo y debe venir... Santiago, Santiago, yo te adoro. ¡Que condicion la mía tan miserable... ¡qué destino tan cruel... siempre luchando! ¡Qué ha hecho Isabel para obtener tanta felicidad?... Ser una niña tonta, hipócrita y romántica, una compañera desleal... ¡qué amigas! Pues no lo creas, Santiago no será tuyo, sinó mío, esto te lo juro: no te llamarás la señora de Arellano, no y mil veces no. Soy capaz hasta de arrojarme á los piés de aquella anciana, lo mismo que ella vino á mí, para pedirle que Santiago sea mío. Mas, ¡qué digo? esto ya sería demasiada baja-jeza: le escribiré á él, á él que me adora; le prometeré un amor inmenso; nos iremos muy léjos de España: á su lado, ¡para qué necesito lo demás? sin él hasta la vida me estorba. ¡Me siento morir!... qué ansiedad, qué desasosiego, qué pulsaciones cada vez más fuertes en mi corazon! los recuerdos llenos de pena, de orgullo, de cariño, y de arrepentimiento; los pensamientos tiernísimos, furiosos y crueles; las ideas grandes y terribles; los proyectos divinos, los funestos temores, las esperanzas indecibles, las desilusiones que espantan, la vida con toda su exuberancia, y la muerte con todo su misterio y su amargura! ¡qué es esto?... ¡Es amor? Si es amor, yo nunca he sentido, ni he pensado así; sin embargo, yo concebía este estado; jamas lo esperé; pero me creí capaz de aborrecer y de amar como ninguna, que no en balde recibe la criatura la revelacion de la inmensidad de sus facultades, y yo sabia que las mías no tenían limite en su impetu y vehemencia.

Y llorando con la mayor desesperacion, cayó Magdalena sobr el sofá, en el cual permaneció en silencio.

¡Qué me dices á esto, lector? ¡qué idea formas del corazon de esa mujer?

ESPAÑA PINTORESCA



VISTA GENERAL DE MÓSTOLES

lo consigue sinó á fuerza de sufrimientos; la que cree que ninguna vale tanto como ella, es la que encuentra otra que la reemplaza, y la que piensa que su corazón sabe comprender y sentir las pruebas de verdadero cariño, es la que responde tan sólo á la voz de un desengaño, á las incitaciones de un desprecio, al influjo de la vanidad, ó á la idea de vencer un imposible.

## CAPÍTULO XIX

En el mismo gabinete que Santiago cuando niño destinaba para su mujer, en donde vivió Isabel sola y triste, y en el que pronunciaron su primer juramento de amor, es donde se hallan también ahora, bendiciendo sin cesar, y cada vez con doble cariño, la felicidad inmensa que disfrutaban.

Cada vez que él la dice «te amo,» ella cree entrever el cielo, á juzgar por la divina expresión de sus propios ojos. Al verla, se extasía Santiago, y se arrepiente de haberla hecho sufrir, aunque había sido sin saberlo.

Dos días hace que se han casado, y aquella preciosa quinta recobra la animación perdida hacia mucho tiempo. El hermano de Isabel había llegado, así como todos los parientes de Santiago que acudieron á presenciar la boda; por último, el pueblo en masa, que profesaba tierno afecto á la familia de Arellano, les demostró en varias visitas sus buenos deseos con repetidas felicitaciones.

Al fin llegó la hora de que cesase aquel jubileo, y la amante pareja se entregó á sus protestas amorosas, para repetir las cuales no existe pluma bastante bien cortada, puesto que el corazón que las siente y formula es el que se reserva tan divino derecho.

Isabel habla por todo lo que ha callado; ríe por todas cuantas lágrimas ha vertido; se siente tan feliz como desgraciada se consideraba antes; la libertad de su corazón no tiene límites, y sólo puede compararse á la esclavitud á que estuvo condenada anteriormente.

Santiago ama, y, sin poderlo remediar, compara al mismo tiempo: recuerda la incertidumbre, la doblez, la coquetería, la inconstancia y los desengaños que recibió de la viuda, y admira la firmeza, la sinceridad, la sencillez, la abnegación, y el amor inmenso que siempre ha merecido de Isabel, á quien frenético adora.

—¿Quién pudiera detener el tiempo! dice Santiago.

—¿Por qué, alma de mi alma? le pregunta ella, anhelando escuchar lo que adivina.

—Porque cada minuto que transcurre, es un minuto menos de existencia, y yo la quisiera eternizar por tí.

—Santiago mío; todavía nos amamos poco; cada día que pase nos hemos de adorar más y más; de manera que este presente tan hermoso, nuestro creciente amor hará que en el porvenir nos parezca feo...

—¿Por tí adivino el cielo!

—Y yo por tí lo concibo en la tierra.

No pudieron seguir, porque los interrumpió la voz del criado que llamaba fuertemente á la puerta.

—Pase V., dijo Santiago.

—Señor, la señora ha salido, y en la sala hay visita.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre: es una señora.

—¿Por qué no le dijo V. que no había nadie?

—Cuando preguntó por la señora le contesté que había salido, y ella añadió entonces: «no importa, la esperaré.»

—Saldré yo, dijo Isabel.

—No, no te molestes, repuso Santiago; con seguridad será una de las muchas personas á quienes mi madre socorre, que vendrá á solicitar una limosna á causa de nuestra boda y tendrás que sufrir las interminables relaciones que hacen antes de llegar á decir el objeto que las trae. Yo saldré; tendré el gusto de socorrerla, el egoísmo de procurar que se vaya pronto, y la felicidad de volver junto á ti después de esta ausencia, con mayor afán, si es posible, de oírte y contemplarte.

Isabel no tenía muchos deseos de recibir visitas, no conocía además á nadie del pueblo, y gustosa se quedó aguardando á Santiago. Sin embargo, de pronto hizo un ligero movimiento con la cabeza, dió un golpe en el suelo con su lindo pié, y exclamó un poco contrariada:

—¿Será guapa esa mujer?

Sigamos á Santiago que con rapidez se acerca á la sala, como quien desea cuanto antes concluir de zanjar un asunto.

Esta se hallaba algo oscura, pues á causa del calor tenían cerradas hasta las maderas de los balcones para que el sol se llevara chasco al querer penetrar.

Santiago se detuvo en el dintel de la puerta, queriendo acostumbrarse á aquella luz, que parecía más escasa al que venía de la claridad; pero como en tan poco tiempo no hubiese recobrado toda su lucidez, no pudo reconocer á la simple vista quién era la visitante. Esta, en cambio, dió un grito, acercóse á él, apoderóse de sus manos, y vertiendo sobre ellas ardientes lágrimas, exclamó:

—¿Santiago mío!

—¿Magdalena! repuso él espantado, sin saber qué hacer.

—Sí, Magdalena, que viene á pedirte perdón, á implorar tu amor, á ofrecerte el inmenso suyo, y á impedir que seas de otra mujer. Mi intención era hablar con tu madre, con el mismo derecho que ella acudió á mí, para rogarle que me ayudase, que me favoreciera, que inclinase hacia mí ese corazón que tanto me amó... ¿Te acuerdas, Santiago? No la he hallado en casa, tú has sabido que una visita aguardaba, y viniste; ¡el corazón quizá guió hasta aquí tus pasos! y en vez de la casualidad, la Providencia es quien hasta mí te ha traído. ¿Me amas? adivino que sí, comprendo que es una pregunta inútil: esta prueba te convencerá ahora de mi cariño inmenso hasta lo increíble, puesto que un paso como éste no se da impunemente, sinó cuando la hermosa pasión que has despertado en mi alma se alza sobre todas las demás, que mueren en su presencia. En cada corazón, este sentimiento se revela de un modo distinto: mi anterior conducta te dió razón para dudar por completo de mí, y considerarme ingrata. Pero ten presente que el verdadero bien, la suprema dicha, nunca se aprecia sinó cuando se pierde; por esto, en el instante en que creí perderte, mi corazón me gritó: «llámale, porque le amas.» Creí que esta sería una engañadora voz como la que otras veces me alucinó; pero en vez de extinguirse aquellos gritos, experimento crueles dolores, y la idea de perderte ya no me produce ayes, sinó desgarradoras quejas, que exhalo á fuerza de hacerse más honda y más grave la herida que has causado y que sólo tú puedes curar. Los días pasaron, y esta verdad la confirma mi creciente dolor, mi inmensa desventura. La noticia de tu boda, fué un agudo puñal que se clavó en mi corazón; yo vengo á que lo arranques, correspondiendo de nuevo al amor que hoy para siempre te juro. Santiago, no te cases; vámonos de aquí, lejos, muy lejos de España; yo seré tu mujer; tu esclava si me lo exigas: huyamos, no quiero ver á tu novia, á esa infame; ámame; no te cases, por Dios, con Isabel, ten piedad de mí: no me mires con esa indiferencia, contéstame, vuelve á aquella pasión que no quiero perder...

Santiago contemplaba cada vez más espantado á Magdalena, temblando por la presencia de su mujer que de un instante á otro podía aparecerse, no sabía qué decir á aquella, pues le inspiraba á la par que indiferencia, indignación, sobre todo cuando tachó de infame á su adorada Isabel.

—Habla, Santiago, te lo repito: aquí tienes en mí á la mujer que te ama... Mientras pronunció la viuda estas palabras, oyéronse los pasos de Isabel que venía asustada sin duda por su tardanza; entonces Santiago corriendo á su encuentro le dió la mano, llevóla á la sala en donde se hallaba Magdalena en actitud suplicante aún, y le dijo:

—Señora marquesa, aquí le presento á V. á la que es mi esposa desde hace dos días, á la criatura que me amó sin más interés que la felicidad de sentir, sin más recompensa que mi completo desden; sin más halagos que sufrir y callar su cariño y sus celos, sin más alivio que las lágrimas, sin más vanidad que la de ser una mártir, sin más escudo que su virtud, sin más ambición que vernos felices á los dos en cambio de su desventura. Dios, á quien únicamente se confió, la ha protegido, y me ha iluminado: por esto somos y seremos tan dichosos. Ella, que nunca me amó por los halagos que me tributaba el mundo, cuando me vió libre y desgraciado, dió vuelo á sus esperanzas, y permiso á su corazón para escuchar el mío; como que los ángeles no cruzan en vano por la tierra, la amé, se lo dije, y entonces oí lo que no me hubiera permitido ni aun adivinar: ¡que era amado por ella!... ¡qué inesperada gloria! Ahora comprenderá V., señora, que es tarde para que la corresponda el hombre á quien tanto hizo V. sufrir, y como tengo la seguridad de que no le inspiro á V. amor, sinó loco afán, vanidoso impulso, y soberbio frenesí por vencer el obstáculo que entre V. y yo se ha interpuesto y que lleva el nombre de un imposible.

Magdalena era la personificación de la furia; en su semblante, hacia el que afluyó la sangre toda de sus venas, retratábase un horrible sufrimiento; los celos, el orgullo, la indignación, y la amargura se desarrollaban en él visiblemente. Miraba á Isabel de un modo tal, que causaba espanto. La pobre niña tenía bajos los ojos, pero no soltaba la mano de Santiago. En este momento, entraron la señora de Arellano y el hermano de Isabel; ante aquella escena que adivinaron al instante, retrocedieron sorprendidos, quedándose de pié sin pronunciar una palabra.

Magdalena los vió, se tapó el rostro, se echó á llorar, y huyó despavorida, no sin haber pensado antes para sí: ¡Qué tarde hablaste, corazón mío!

Isabel, aterrorizada aún, volviéndose hácia su marido, le preguntó:

—Santiago, Santiago... ¿me amas todavía?

—Más que nunca.

—¿Qué felicidad!

## CÁRLOS V EN ARGEL

## II

Mala la hubisteis cristianos

En los escollos del mar,

De Dragut y Barbaroja

Á la codicia brutal;

Mal la hubisteis en Argel,

Donde el tigre oculto está

Y clava la aguda garra

Al triste que ve pasar.

Tiemblan de espanto las costas

Y los cristianos de acá

Y el Mediterráneo brama

De tanta ferocidad.

Agravios ponen sus huestes

Por donde quiera que van

Y al cielo clama venganza

Dolida la humanidad.

De Queredin Barbaroja

Cuchillo es el sardo Asan,

Que renegó de su Dios

Por gala de dominar.

Piratas hay más que piedras

En la Numidia procaz,

En la osada Mauritania,

Baldon de la cristiandad,

Y á tal punto cede el bien

Subyugado por el mal,

Que el dique de la prudencia

Estalla como volcán,

Y ya resuena en Mallorca

El clarín y el atabal

De la armada que se apresta

Tanta infamia á castigar.

Ciñe el César la armadura

Y arroja el guante imperial;

Cien galeras le resguardan,

Trescientas naves ó más;

Espanoles son seis mil,

Cinco mil trae Milan,

Con ocho mil de Alemania,

Que todos saben luchar.

Dos mil caballos relinchan

De regocijo en señal:

Allá va el César, dejadle

Que Dios sabe dónde va.

Con él están Doria y Alba,

Gonzaga y Colona están,

Y Mendoza, y Alcaudete,

Que timbres quieren aunar.

Navega la armada santa

Del cesáreo capitán,

Y apenas los mares pueden

Tanto poder soportar.

Soplan auras altaneras,

Las olas gimen, quizas

Temen que empresa tan noble

Malogre el sino fatal.

El éter sombrías gases

Cruzan con vuelo fugaz,

Las naves se hinchan y corren

Impacientes por llegar,

Ansiosas cortan las quillas

De las aguas el cristal,

Y el rugido de los mares

Anuncia que llegan ya.

Allí está Argel la soñada,

Presea de tanto afán,

De los Moncadas y Veras

Tinta en la sangre leal.

Caballero en su caballo,

Que al nácar envidia da,

Guiando á la artillería

Lleva el arrojito en la faz.

Cañones y falconetes

Amenazan estallar,

Serpentinas y bombardas

Cien muros cribas harán.

—«Rindete Asan—dice Carlos—

Y tendré de tí piedad.»

Y Asan contesta: —«Morir

Antes sabré que cejar.

La Pitonisa de Argel

Me anuncia el triunfo de Alá:

Escucha, ya rugé el noto

que tu gloria ha de humillar.»

Y en esto soplan los vientos

Con empuje sin igual,

Las olas rudas se encrespan

Y airadas vense estrellar.

De quicio salen los mares

Á la furia equinoccial,

Chocan las naves movidas

Por la mano de Satan,  
Y no queda palo en pié  
Ni timon de gobernar;  
Galeotas y carabelas  
Zozobran aquí y allá,  
Por la ventisca azotadas  
Y la lluvia torrencial;  
Un mar cae de las nubes  
Que desborda el otro mar,  
Y llueven balas y flechas  
Y cascos de pedernal,  
Al tronar de los mosquetes  
Y de la trompa al sonar.  
Cría fuerzas el alarbe  
Aliado del huracan,  
Y al amparo de las nieblas  
Que cubren la inmensidad,  
Se ceba en los tristes náufragos  
La ansiada orilla al tocar,  
Y acosa al soldado inerme  
En combate desigual,  
Y todo es terror y espanto  
En noche de tanto azar,  
Sepultándose en el fondo  
Del elemento voraz,  
Peones y arcabuceros,  
Lanzas de temple marcial,  
Capitanes y soldados  
Que no venció el musulman,  
Si el victimario destino  
De la falange imperial.

Al grito de los malteses,  
Caballeros si los hay,  
Vése avanzar hacia el muro  
Al alférez Savignac,  
Que en la puerta de Azoun  
Clava el agudo puñal,  
Exclamando: — «¡Yo llegué!»  
Y cayendo en el aduar,  
De una flecha envenenada  
Pasado por la mitad.  
Nace el día horrorizado  
Tanto duelo al presenciar,  
Y la estridente trompeta  
Toca á arrebató en el Real.  
Cárlos empuña la espada  
Que nunca supo envainar,  
Yendo el primero al ataque  
Por si hay quien se quede atras,  
Y con él los españoles  
Que á vanguardia siempre están,  
Primeros en embestir  
Y últimos en amainar.  
Allá va el César, dejadle,  
Que si no va más allá,  
Será porque quiera Dios  
Su ansia de glorias probar.  
Ya arremete con su brazo  
Terror, ayer, del islam,  
Ya sus tercios se rehacen  
Á su ejemplo singular,  
Mas ¡ay! que rasga las nubes  
De nuevo la tempestad,  
Ruedan ríos bramadores  
Desde el monte al arenal,  
Hechas girones las tiendas  
Sudarios vense volar,  
No hay pólvora ni vituallas,  
Los cuerpos yertos están;  
Era imposible, imposible,  
Tan fiero sino domar.  
Perdida toda esperanza  
Por impotencia fatal,  
Cárlos Quinto al fin se postra  
Rendido á la adversidad,  
Y avisado del honor  
Que se sabe resignar,  
Sereno exclama: — «Dios mío,  
Hágase tu voluntad.»  
Hernán Cortés aún se empeña  
El asalto en consumir,  
Mientras Doria escribe á Cárlos:  
— «Mal valor es el tenaz,  
Que si hay grandeza en vencer  
La hay también en aguardar.»  
Y á Metafuz va la armada  
En alas del vendabal.  
Italianos y alemanes  
Se acogen á bordo ya,  
Detras van los españoles,  
Y el César, en pié, detras:  
Que si fué el primero al ir  
Postrero al volver será,  
Porque en su ánimo conciertan  
El valor y la humildad.  
Pocas y averiadas naves,  
¿Cómo contener podrán

Dispersos tercios que buscan  
Ansiada hospitalidad?  
Asilo piden los hombres  
Tras la contienda naval,  
Y los barcos sueltan lastre  
Arrojando al torvo mar  
Los arrogantes corceles  
De la cabalgata real;  
Nobles brutos que protestan  
De tamaña iniquidad,  
Vomitando hirviente espuma  
Con rugido de chacal,  
Sacudiendo el férreo casco  
Y nadando con afán  
En torno á las galgotas  
Que no los pueden salvar.

Ya vuelve el César, ya vuelve  
Como no volvió jamás;  
Mal viento sigue reinando,  
Y él, cansado de reinar,  
Cuando advierte que le acosa  
Terco el peligro mortal,  
Y dos navios se hunden  
Y otros sin brújula van.  
Mala la hubisteis cristianos  
Hasta á Cartago llegar;  
El César besa la tierra  
Donde todo parará,  
Y con un hondo suspiro,  
¡Ay! se despiende del mar  
Y de los dos hemisferios  
Que acatan su majestad.  
El convento del Abrojo  
Ha visto á Cárlos orar;  
Doblar la cerviz altiva  
En efluvios de piedad,  
Y clamar al Rey de reyes:  
— «Señor, tu poder es tal  
Que el mío con ser tan grande  
Es el de un hombre no más;  
Y pues me perdí en Argel,  
Dime si me quieres dar  
En vez de cetro una cruz  
Y por coraza un sayal.»  
Y el aura de aquel tranquilo  
Refugio de santidad,  
En los oídos del César  
Sonaba acento triunfal  
Que amoroso le decía:  
No venciste al ser audaz,  
Ni sojuzgando la tierra  
Ni dominando en el mar,  
Pero humillando en Argel  
La flaqueza terrenal,  
Refrenando de conquista  
El insaciable anhelar,  
Contemplándote pigmeo  
Cuando te alzabas titan  
Y vencedor de tí mismo,  
Héroe el más grande serás.  
Arroja el doblado cetro,  
Recoge el guante imperial,  
Pues si sus himnos te ofrece  
Dócil la posteridad,  
Por la gloria que tus piés  
Firmes supieron hollar,  
Trocarás otra más alta  
Que es la gloria celestial.  
Cárlos Quinto meditó  
Prosternado ante el altar,  
Sobre la vana mentira,  
Sobre la eterna verdad,  
Y al rayo del sol poniente  
Que iluminaba su faz,  
Una redentora lágrima  
Vióse en sus ojos brillar.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

Pocos países se conocen donde con tanto anhelo como en Inglaterra se cultiven las artes bellas. La semana anterior, sin ir más lejos, se han abierto tres exposiciones, una en Londres, de acuarelistas, en la Galería Dudley; otra en Manchester por la Academia de Bellas Artes. En la última figuran composiciones selectas ejecutadas por la Escuela municipal de Paisaje. La tercera exposición, recientemente inaugurada, ha sido la de escultura y pintura de la Real Academia Hibernica, de Dublin.

Italia se dispone á levantar un palacio destinado á una Exposición artística, habiéndose ya atribuido un millon de pesetas á este propósito. El edificio ocupará preferente lugar en la magnífica *Via Nazionale*.

Munkasy, el inspirado pintor húngaro, que ya conocen los lectores de LA ACADEMIA, ha vendido su cuadro *Milton dictando el Paraíso Perdido á sus hijas*, en 200,000 francos.

EL

## RECAUDADOR DE CONTRIBUCIONES

EN MARRUÉCOS

En un país como el imperio de Marruécos, donde el organismo social apenas si existe, donde no hay administración, ni derechos, ni deberes, ni garantías individuales; en un país medio salvaje, la recaudación de los impuestos que han de alimentar la codicia de los que tiranizan á la muchedumbre, ha de revestir caracteres muy particulares. Con efecto, dirigios de Tánger á Tetuan, detenéos en el Fondaque, junto al mísero aduar que allí existe, y si es la época acostumbrada, veréis llegar los moros de rey, á las órdenes de un jefe, más ó menos caracterizado, que sin formalidad alguna, exigirá á los infelices labriegos ó ganaderos la especie de capitación que deben satisfacer como señal de vasallaje. Á menudo las extorsiones son tan inicuas que la tribu se levanta en masa y entónces el emperador, precedido de perros y de otras tribus, acude, no á verificar la recaudación, lo cual no sería fácil, sino á tomar venganza, destruyendo mieses, cercados, cabañas, ganados, todo lo que halla á su paso aquella autoridad asoladora, y mediante los perros, se descubren y destruyen también los silos donde los indígenas conservaban sus cereales.

Balaca ha dibujado el tipo del Recaudador de contribuciones marroquí, colocándolo con su escolta en un paisaje que tiene mucho del color local.

## EL CAFÉ DE MORATIN

El artista se ha propuesto representar en este bello dibujo la escena segunda del primer acto de la *Comedia nueva* de Moratin. Es tan conocido literariamente el asunto, que nos creemos dispensados de decir nada sobre él. Nuestro grabado se refiere al momento en que, llamado Pipi por D. Pedro, le informa del genio y condiciones de D. Antonio de Aguilar, que está tomando café en otra mesa.

## CARRERA DE CARROS

EN EL  
CIRCO ROMANO

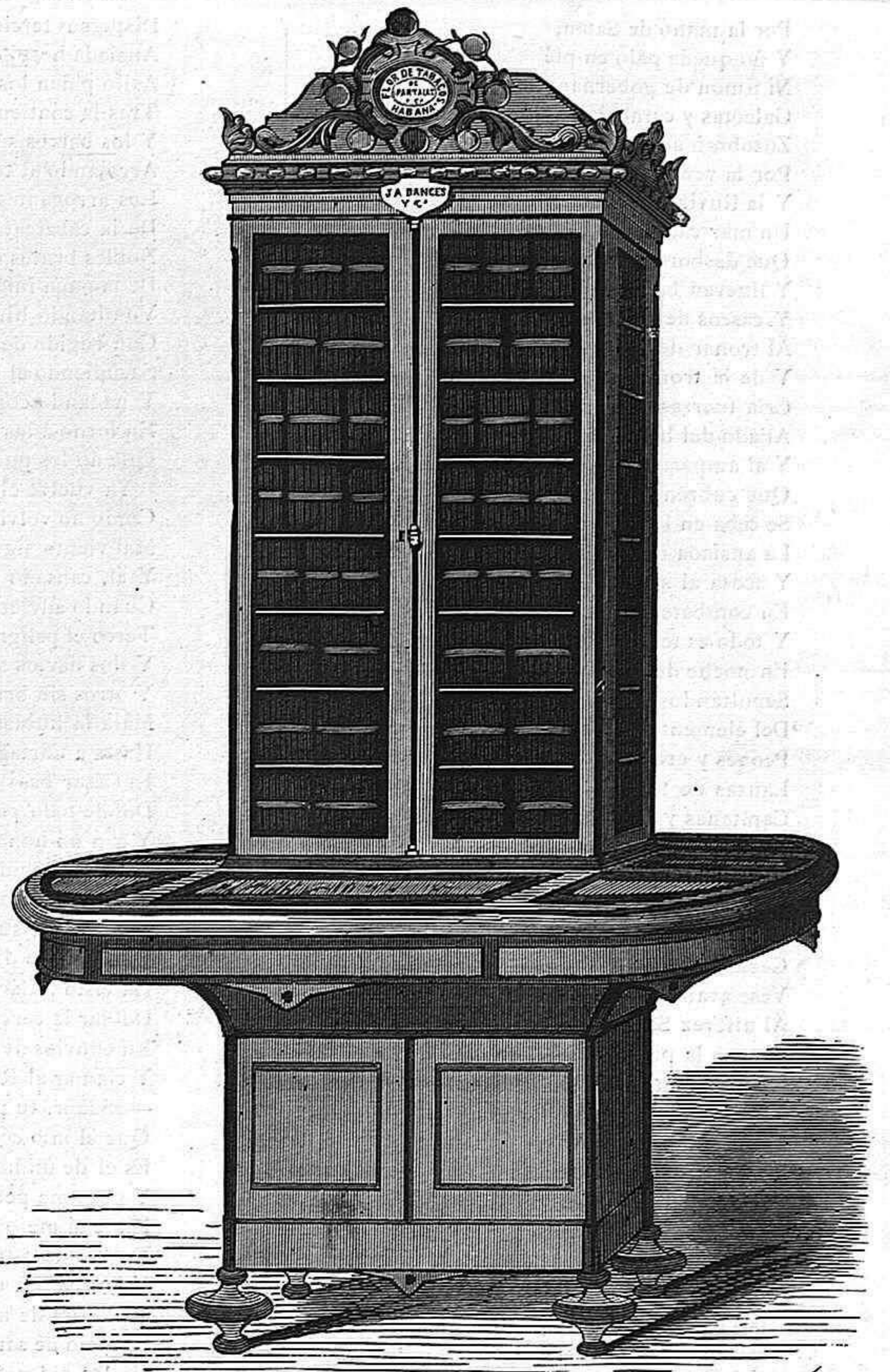
CUADRO DE A. WAGNER

Las carreras de carros, tan frecuentes durante la dominación de Roma, no se parecían á los modernos espectáculos de nuestros circos ó hipódromos. Ahora se conocen hombres y mujeres que practican la equitación, que se dedican á ser acróbatas ó funámbulos como podían ocuparse de otra cualquiera profesion que les proporcionara el sustento, mientras que en la sociedad romana los juegos del circo, en todas sus variedades, eran sostenidos por el Estado, tomando en ellos parte principalísima, esclavos, plebeyos y ciudadanos. El circo equivalía en Roma á una institucion que encajaba en el cuadro de aquel organismo social. Donde la milicia era la suprema jerarquía y la más alta aspiración de los corazones generosos, todo lo que se dirigiera al desarrollo de las fuerzas físicas, al ejercicio de los músculos, á la exhibición de los naturales brios, había de hallar propicias las voluntades, con tanto mayor motivo cuanto que los juegos eran por lo general, copia más ó menos exacta, de los trances y contingencias de la guerra. Descendía el romano á la arena á demostrar su habilidad, su ligereza, su energía, su perspicacia, su ingenio, su ardimiento, y los triunfos cosechados sobre la enrojecida palestra resonaban, como un eco de gloria, en todos los ámbitos de la república ó del imperio.

Llegó Roma á tener circos ó anfiteatros capaces para 50,000 espectadores, y las ruinas que hasta nosotros han llegado dicen la inteligencia y la grandiosidad con que fueron labrados muchos de ellos. Una fiesta de esta clase equivalía á un acontecimiento ruidoso. Acudían al circo en primer término los gobernantes, seguíanlos los sacerdotes, las vestales, los ciudadanos y los plebeyos; y el pueblo, llenando en tropel las gradas que se le reservaban, decidíase en pró ó en contra de los actores, suscitándose hondas rivalidades entre los concurrentes.

Muy á menudo eran los circos teatro de escenas sangrientas, y llegó un día, en que pareció indispensable la lucha entre el hombre y las fieras, condenándose á este género de muerte á los criminales.

Nuestra lámina de las páginas centrales, copia de un lienzo pintado por el célebre artista húngaro Alejandro Wagner, profesor en la Academia de Monaco, representa



INSTALACION DE TABACOS HABANOS DE LA CASA CABÁÑAS Y PARTAGAS EN LA EXPOSICION DE PARIS DE 1878

una carrera de carros. Los que en ella tomaban parte dividíanse en cuatro bandos. Por lo general corriase 24 veces, consistiendo cada carrera en siete vueltas dadas en torno del circo, pasando por junto á una columna situada en uno de sus extremos. Cada bando corría seis veces, tres ántes del medio día, las otras tres por la tarde. Tenían los carros dos ruedas, y eran arrastrados por dos, tres y cuatro caballos, denominándose respectivamente, *biga*, *triga* ó *cuadriga*.

Durante el verano entoldábase el circo con un velo de color de púrpura, lo que daba al espectáculo un tinte muy apropiado á su carácter. Nada tan animado como una de estas fiestas, pues si dentro la lucha excitaba los más locos entusiasmos; los vendedores, los titiriteros, los juglares, los adivinos, la gente menuda que no había logrado entrar, promovían una algazara de que no pueden dar idea nuestras actuales diversiones taurinas.

El circo vino al suelo cuando las instituciones romanas fueron heridas en lo más íntimo, por los dardos del Evangelio. Un apóstol de la nueva idea se arrojó en medio de los gladiadores para protestar contra semejante barbarie, y su sangre generosa, allí vertida, borró de las instituciones una mancha que tan profundamente las ennegrecía y afeaba.

### LA ALMEA

Con este título son conocidas en el Cairo ciertas jóvenes desgraciadas, cuyo destino está limitado á agradar á los extranjeros, con el baile y el canto. Ocupan actualmente las almeas el pequeño arrabal adonde las relegó la policía del khedive. Explotadas, casi siempre, por viejas de moralidad dudosa, las almeas son un nuevo testimonio de la degradacion en que las instituciones de Oriente conservan á la mujer. Cosa, ántes que criatura libre y racional, la almea alegra al viajero con los movimientos graciosos ó lascivos de su cuerpo, pero no siente ni lo que canta, ni lo que expresa en su semblante.

Hé aquí cómo describe un viajero, su visita al barrio donde las almeas están confinadas:

«Ahora no es tan fácil como ántes, dice, ver á las almeas, que habitan el arrabal llamado *Giges*, formado por las

habitaciones de estas bailarinas, pero nosotros, esforzados viajeros, nos dirigimos allá y entramos en una casa bastante grande, aunque sombría, y sin ninguna ventana á la calle. Delante de la entrada habían corrido una cortina, viéndose á través de ella el resplandor que esparcían unas lamparillas. Una vieja extremadamente fea nos recibió y levantándose de la alfombra sobre la cual estaba acurrucada, primero nos miró con desconfianza, y luego palmoteó tres veces, desapareciendo detrás de una puerta cerrada con una estera. Á poco rato entró en la pieza una joven cubierta de harapos y de telas de seda. Encendió una pipa, fumó un poco, y después nos la entregó. Obsequiónos luego con frutas, confites, y cuando hubimos fumado y comido, empezó ella á bailar con mucha gracia, mientras una niña la acompañaba con el toque de un címbalo. Consistía el baile más en gestos que en pasos; duró unos diez minutos, y concluido, la bailarina echóse rápidamente á los pies del más joven de nosotros, y levantándose en seguida, desapareció como una vision.»

El pintor francés Luis Müller es el autor del cuadro que, representando á una de estas desdichadas, reproducimos en la página 124.

### EMILIO DE GIRARDIN

Todo el que haya seguido de más ó ménos cerca los acontecimientos políticos que se suceden en la vieja Europa desde 1834, ha de conocer, por lo ménos de reputacion, al insigne publicista cuyo retrato damos en la página 125. Soldado del liberalismo, Emilio de Girardin pertenece á la generacion de 1830, no habiendo cesado, ni un solo día, de combatir con su pluma por la reorganizacion social, sobre la base de la idea moderna.

Fundador de periódicos muy célebres, dirige hoy *La France*, habiendo creído que su patriotismo le exigía que defendiera la República y el advenimiento pacífico de la democracia, y aunque ya se encuentra en el último tercio de su vida, muestra por el periodismo el mismo entusiasta ardor que en los días de su virilidad.

### VISTA GENERAL DE MÓSTOLES

La vista general de Móstoles que reproducimos en la pág. 125 da una idea aproximada de este pueblo, cuyo nombre anda en boca de todos, gracias á su desordenado órgano y al célebre telégrama que el conde de Montijo dirigió á las provincias, con el pseudónimo del Alcalde de Móstoles, anunciando la trágica jornada del Dos de Mayo.

Pertenece Móstoles á la provincia de Madrid, de donde dista tres leguas. Tiene de poblacion unas 1,550 almas, que ocupan sobre 300 casas de inferior construccion, repartidas en 19 calles, 1 plaza y 3 plazuelas. Los vecinos se dedican principalmente á la agricultura.

Á nadie ha sorprendido el éxito que ha vuelto á alcanzar en la Exposicion universal de Paris de 1878, la importante fábrica de tabacos de «Partagas» de la Habana, continuada por sus nuevos propietarios *J. A. Bances y C.* quienes, en union de un crecido número de fábricas de aquel país, gozan del privilegio del *primer premio* en todas las grandes exposiciones, por ofrecer siempre un artículo de cuya perfeccion y bondad parecen ejercer el monopolio.

Estas ventajas no se obtienen sin sacrificios inteligentes de tiempo y dinero.

Los dueños actuales han invertido la suma de 1.500,000 duros en el negocio y son tambien propietarios de las más ricas y célebres *vegas* de la Isla de Cuba, cuyo renombre es de todo el mundo conocido por el producto de sus cosechas, debido á sus administradores.

La casa-fábrica es un modelo en su género. Por término medio emplea 500 operarios para la elaboracion periódica que no baja de 600,000 puros. Los Sres. Bances y C. pagan la mano de obra un 5 por ciento más que las otras fábricas; asegurando, de este modo, el empleo de los mejores obreros.

Los grabados que aparecen en esta página, ejecutados por D. Justo García, representan las dos instalaciones de dicha casa, en la Exposicion universal de Paris de 1878.